

Cuadro de situación

Grecia y los desafíos de la crisis

Alejandro Vinet

En los últimos años, Grecia ha estado en el centro de los debates de todos los espectros del arco político: desde la derecha de Merkel y sus aliados hasta la extrema izquierda trotskista, pasando por la socialdemocracia clásica (que ha debido responder al fenómeno cuidando a su vez sus buenas relaciones de “gobernabilidad” europea con la derecha) y las formaciones de centroizquierda que surgieron en los últimos años. A tal punto que algunos de los principales medios burgueses imperialistas, como *Der Spiegel* en Alemania o *The Economist*, participaron casi como un actor más en las últimas elecciones legislativas griegas, intentando imponer consignas de voto a la población de ese país.

Esto responde a varias cuestiones. Por empezar, desde el punto de vista puramente económico, la posibilidad de una cesación de pagos de la deuda externa griega amenazó en su momento la continuidad del euro. Más allá de ser una economía menor, el efecto dominó que hubiera engendrado, dado que la mayoría de los acreedores de esa deuda son los bancos alemanes y franceses, habría sido no despreciable. De ahí que los medios imperialistas pusieran el grito en el cielo frente a una posible victoria de Syriza, augurando una hecatombe económica y social para los griegos en caso de que cometieran la indecencia de votar a la formación centroizquierdista.

Pero, sobre todo, el papel central de Grecia tiene un fundamento esencialmente *político*. Se trata del país europeo donde la lucha de clases ha sido más radicalizada: la revuelta juvenil en 2008, a raíz del asesinato a manos de la policía de un joven anarquista, preanunciaba un clima social conflictivo que se cristalizaría en los años siguientes al compás de la crisis económica internacional. A partir de ese momento, decenas de huelgas generales tuvieron lugar, además de un sinnúmero de luchas locales, manifestaciones de cientos de miles, ocupación

de las plazas, enfrentamientos con la policía, intentos de cercar el parlamento; en fin, una verdadera ebullición social que ocupó la escena y que continúa hasta hoy.

Esta situación, a su vez, se da en un país que ha sido elegido por la Unión Europea como un laboratorio de sus planes de austeridad como “solución” frente a la crisis: esto hace aún más agudas las consecuencias políticas de la lucha de clases allí. Porque el fracaso de la troika (Comisión Europea, Banco Central Europeo, FMI) en Grecia, además de las consecuencias económicas inmediatas que ya describimos, significaría, en cierta medida, *el fracaso de la receta neoliberal* a la crisis económica del capitalismo, lo cual tendría sin lugar a dudas un efecto contagio en todo el continente. No nos referimos aquí a fracaso en el sentido económico (el debate sobre el efecto de las diferentes políticas económicas burguesas sobre el curso de la crisis no es el objeto del artículo), sino político, en el sentido de que, por encima de los cálculos y modelos teóricos de los tecnócratas de Bruselas, el límite a la política burguesa frente a la crisis es la lucha de clases como tal, que cobra aquí toda centralidad, contrariamente a lo que las lecturas objetivistas o catastrofistas dejan entrever.

Esto es lo que explica también por qué Grecia se encuentra hoy en día en el centro de los debates entre las diferentes corrientes de la extrema izquierda alrededor de la estrategia a adoptar en ese país. Estos debates tienen varias declinaciones. Por comenzar, se trata de dilucidar las perspectivas más inmediatas de la lucha de clases en Grecia y, en ese sentido, la política a adoptar, centralmente en relación a Syriza, la formación que ha encandilado a una buena parte de la extrema izquierda (y, claro está, de la población griega). También se trata de realizar una discusión de más largo alcance sobre el fenómeno del “reformismo de izquierda”, que ha tenido y tiene su impacto europeo: junto con Syriza, el Front de Gauche en Francia, Die Linke en Alemania o el Bloco de Esquerda en Portugal, por nombrar los más importantes. Por último, la situación en Grecia y la eventualidad de que Syriza llegue al gobierno ha reactualizado una serie de debates estratégicos: la noción de gobierno obrero y la dialéctica entre reforma y revolución, entre programa mínimo y máximo.

Nos referiremos en este artículo a la primera de esas discusiones: la situación actual en Grecia y sus perspectivas inmediatas, así como las características, límites y alcances de un eventual gobierno de Syriza, y la política que la izquierda debe adoptar frente a él y frente a la coyuntura más en general. No trataremos aquí el reformismo de izquierda de manera más amplia, aunque nos interesa realizar algunas comparaciones para ilustrar los aspectos en común de Syriza con estas formaciones, así como con los gobiernos surgidos en América Latina luego de las rebeliones populares de los años 2000.¹

1. El fenómeno del “reformismo de izquierda” requiere una explicación más extensa que la que realizaremos aquí, además de poner en perspectiva y realizar un balance de la política de las corrientes trotskistas europeas frente a él, que ha tenido como expresión concreta la construcción de “partidos amplios”, algunos de los cuales se mantienen todavía. Desde nuestra corriente, hemos realizado un debate con la política de “partidos amplios”, pero limitado al NPA de Francia. Queda pendiente un trabajo de síntesis más general que permita apreciar el fenómeno en su dimensión internacional.

En cuanto a los debates de alcance más estratégico, son objeto de otro texto de esta edición.

Comenzaremos con una breve caracterización de la situación europea más general, para situar la lucha de clases griega en el período actual, con sus límites y sus alcances. A continuación, haremos un racconto sumario de los últimos conflictos que agitaron el país heleno: no se trata de desarrollar exhaustivamente la lucha de clases del último año, sino de sentar ciertos elementos que ayuden a comprender el estadio actual de la situación. Más adelante, nos dedicaremos a analizar Syriza: qué es, hacia dónde va, qué significaría (y cuáles serían sus perspectivas) un eventual gobierno de esta formación. Finalmente, intentaremos avanzar algunos elementos sobre la política a llevar adelante en el país, con las precauciones a que la distancia nos obliga.

1. Europa: una situación de *statu quo*

La situación europea se ha caracterizado los últimos meses por un relativo *statu quo*, tanto a nivel de la crisis económica como de la lucha de clases. No nos referimos con esto a una situación calma, sin sobresaltos ni desarrollos en la lucha de clases, sino al hecho de que las grandes coordenadas que se habían delineado durante el año pasado (y que analizamos en la editorial de SoB 27) se han mantenido relativamente estables.

Esto significa que, desde el punto de vista de la crisis económica, asistimos más bien a un escenario de sostenida recesión, con crecimientos raquíticos que no alcanzan a revertir la destrucción operada por los primeros años de la crisis. Esto significa que por el momento ha quedado descartada la eventualidad de una caída *depresiva* profunda, aunque los signos de desaceleración de las economías emergentes, que habían funcionado hasta el momento como contrapeso a la crisis de las economías centrales, podrían efectivamente poner seriamente en cuestión los “brotos verdes” que aparecen.

Esto significa que, de alguna manera, la crisis se ha estabilizado, lo que de ninguna manera quiere decir que estemos cerca de su resolución. Más bien, significa que los escenarios más catastróficos (ruptura del euro, caída en la depresión) se han alejado, aunque sin signos esperanzadores de que pueda salirse en lo inmediato de la situación actual.

Las previsiones de la Comisión Europea sobre el crecimiento en los próximos años son un reflejo de esta situación: 1,1% de crecimiento del PBI en el conjunto de Europa para 2014, y 1,7% para 2015. En los casos de Grecia (+0,6% en 2014, +2,9% en 2015) y de España (+0,5% en 2014, +1,7% en 2015), dos de las economías más golpeadas, los crecimientos son igualmente magros (Comisión Europea: “European Economic Forecast - Autumn 2013”). Como vemos, no hay un escenario de depresión, pero estamos lejos todavía de una recuperación vigorosa. Lo cual significa, para la clase trabajadora, que la austeridad y el ajuste *seguirán por un tiempo más*.

Esto nos lleva a la situación de la lucha de clases. Efectivamente, el año estuvo atravesado por una serie de luchas en todo el continente, especial-

mente en Grecia y España, dos de los países más golpeados por la crisis, aunque el rápido deterioro de la situación económica francesa ha tenido como consecuencia el resurgimiento de luchas obreras, que habían disminuido luego de la derrota de la huelga general de 2010. Por eso, repetimos, de ninguna manera consideramos que se trate de una situación calma, sino que se caracteriza por una conflictividad obrera sostenida, pero que no ha logrado desbordar aún los cauces tradicionales de resolución de los conflictos, ni poner en cuestión más de conjunto las estructuras de dominación heredadas de la época del Estado de bienestar.

Es decir que los obstáculos más generales que enunciábamos (ver, por ejemplo, el texto de Víctor Artavia en SoB 27) como límites del período actual (el imperio generalizado de la democracia burguesa, la burocracia como dique de contención, la crisis de alternativa socialista y la consecuente débil construcción de organizaciones revolucionarias) *aún no se han superado*. Asistimos más bien a una lenta pero sostenida acumulación cuantitativa de parte de las organizaciones de izquierda, de los reagrupamientos antiburocráticos, pero sin ningún salto cualitativo que coloque la lucha de clases frente a nuevas coordenadas.

Éstos son para nosotros los límites y alcances más generales de la crisis y de la lucha de clases en el último período. Pero veamos esto más de cerca.

UNA CRISIS QUE CONTINÚA SU LENTA MARCHA

Junio de 2012: el destino del euro parece estar en peligro mortal. La posible victoria de Syriza en Grecia, partido que se declara contra el memorándum de entendimiento con la troika², podría significar la cesación de pagos de ese país, y en consecuencia un efecto dominó que podría terminar con la moneda única. El establishment europeo entra en pánico, las bolsas responden amargamente a la incertidumbre, y rápidamente se pone en marcha el engrasado mecanismo de la UE, los medios imperialistas y locales, para convencer al pueblo griego de que la victoria de Syriza y la salida del euro significarían una bomba atómica económica mundial.

Alexis Tsipras se pasea por Europa y Estados Unidos asegurándole a la burguesía internacional que él no es ningún “euroescéptico”, que el euro no corre peligro y que de lo único que se trata es de renegociar el memorándum bajo condiciones menos draconianas. Así, dedica un artículo en el *Financial Times* a asegurar a los lectores de este gran medio de prensa imperialista que mantendría a Grecia en la eurozona (ver A. Tsipras: “I will keep Greece in the eurozone”).

Finalmente, la campaña terrorista de la burguesía imperialista surte su efecto: Nueva Democracia, partido de centroderecha pro memorándum se alza con la victoria, y logra formar un gobierno de coalición con el PASOK y DIMAR. El euro respira.

2. Más adelante analizaremos el fondo de la política de Syriza frente al memorándum, así como sus zigzags entre ambas rondas electorales (mayo y junio 2012).

¿Por qué volvemos a junio de 2012? Para remarcar que, en el desarrollo de la crisis, la burguesía ha logrado evitar un salto en calidad, una verdadera depresión, que estaba planteada como una posibilidad cierta en ese momento, y que desde entonces ha desaparecido del horizonte. Esto establece ciertos límites al desarrollo posterior de la crisis económica mundial.

Por empezar, significa que no ha habido desarrollos *catastróficos*; no se trata aquí de un juicio moral sobre las consecuencias de la crisis sobre la clase trabajadora, que son sin duda terribles, sino del hecho de que, objetivamente, indicadores como el desempleo, la retracción del PBI y demás no han conocido los verdaderos derrumbes que se efectuaron en la Gran Depresión de los años 30.

Para tomar sólo un ejemplo, que se trata de un indicador de peso, veamos la retracción del comercio internacional. Durante la crisis de 1929, éste descendió más del 50%, y aun en 1938 su valor se situaba en la mitad del que había alcanzado en las vísperas de la Gran Depresión. En la crisis actual, el comercio se retrajo un 12,2%, lo que, si bien se trata de la cifra más elevada desde la crisis de los años 30, se encuentra muy lejos de los valores experimentados en esa época. Además, el comercio internacional se recuperó a partir de 2010 (+15%) y mantiene números positivos desde entonces, aunque menores a los anteriores a la crisis (OMC, "La situación del comercio en 2009-2010").

Esto ha impedido que se entre en una carrera proteccionista como la que se desató en los años 30, que constituyó una espiral descendente en la crisis y sirvió de preludeo al conflicto armado más importante de la historia de la humanidad. Esto también explica por qué la receta burguesa indiscutida por el momento ha sido más y más neoliberalismo, sin que las variantes de corte más keynesiano hayan podido abrirse paso.

Ahora que hemos hecho un repaso de los límites de la crisis, veamos sus alcances. Porque más allá de que no haya igualado los indicadores de la Gran Depresión, se trata de la crisis económica mundial más importante desde aquella, lo cual le ha valido el mote de "Gran Recesión". Por el momento, además, los signos de recuperación siguen siendo muy débiles, lo cual augura una continuidad de la crisis.

Aun sin alcanzar los niveles de la Gran Depresión, la crisis actual ha sido un verdadero tembladeral a nivel mundial. Ha obligado a los estados a salir al rescate del sistema bancario internacional, inyectando billones y billones de dólares para mantener una liquidez alta y evitar un escenario de catástrofe. Hoy en día ese rápido intervencionismo estatal está volviendo como un búmeran, poniendo en primer plano la eventualidad de una crisis de la deuda soberana de los estados.

De ahí los diferentes planes de austeridad que vienen aprobándose en las diferentes economías de la Unión Europea: de lo que se trata, esencialmente, es de garantizar a los acreedores el pago de los intereses de la deuda, impidiendo un efecto contagio que parta de un estado soberano (Grecia, España), para sacudir todo el sistema bancario europeo. Los planes de reestructuración,

comandados por la troika y la burguesía imperialista europea, están destinados a garantizar este mecanismo, del cual los bancos franceses y alemanes son los principales beneficiarios.

Uno de los ejes de los planes de ajuste ha sido, entonces, el desmantelamiento de lo que queda del Estado de bienestar, con la perspectiva de disminuir el déficit de los presupuestos estatales y garantizar el pago de la deuda. Esto ha llevado, en primer lugar, a toda una serie de ataques a los trabajadores del Estado (despidos, rebajas salariales, empeoramiento de las condiciones de trabajo), así como de manera más general al deterioro acelerado de los servicios públicos como la salud, educación y demás. Se trata de la destrucción de conquistas históricas que la clase obrera europea obtuvo en la segunda posguerra.

Estos planes vienen funcionando a su vez como una espiral descendente: las economías desangradas generan necesariamente menos valor, y por lo tanto menos recaudación estatal, lo cual agrava las dificultades para hacer frente a sus obligaciones financieras. Por esta razón, la relación de la deuda pública respecto del PBI ha explotado en Grecia a partir de 2008. Así, ha pasado, según Eurostat, del 107,4% en 2007 a un pico de 170% en 2011, como consecuencia de los diferentes planes de austeridad impuestos por la troika.

Pero los planes de austeridad tienen otro objetivo más profundo que el saneamiento presupuestario de los estados para garantizar el pago a los acreedores. Se trata esencialmente de *recuperar competitividad a nivel internacional*, de encontrar su lugar en la división internacional del trabajo, lo cual implica ataques de magnitud a las condiciones de trabajo de la clase obrera. Porque lo que está en juego es la construcción de un patrón de acumulación estable, que responda a las transformaciones de la economía mundial de las últimas décadas.

Ciertos países europeos vienen viviendo en los últimos años una destrucción creciente de su tejido industrial: frente a los salarios de hambre de los trabajadores asiáticos, o incluso de Europa del Este (la entrada de algunos de esos países a la UE ha facilitado la deslocalización de la producción), las condiciones de contratación de los asalariados de los países centrales no son competitivas a nivel internacional desde el punto de vista capitalista. En este contexto, los anuncios de cierres de empresas se han sucedido los unos a los otros a lo largo de este año.

Tal vez uno de los casos más emblemáticos de esta situación es Francia. Segunda potencia económica de la Unión Europea, ha visto en un año sacudirse la columna vertebral de su economía: desde el anuncio de 10.000 despidos en PSA (Peugeot), incluyendo el cierre de una fábrica, el cierre de los hornos de la acería de ArcelorMittal en Florange, hasta el cierre de decenas de pequeñas empresas de dominios tan diversos como la farmacéutica, agroalimentario, comercio, textil. Claro que para los patrones de PSA, entre pagar un salario mensual bruto de 1.400 euros en Francia y pagar 800 en Eslovaquia, donde tienen una planta de 3.300 operarios, la decisión no parece muy difícil.

Claro que la situación es más compleja, y que a nivel de infraestructura, de tecnología de punta y de demás indicadores de desarrollo capitalista, las economías centrales europeas llevan una ventaja enorme sobre sus homónimas

asiáticas o de Europa del Este. Sin embargo, el relativo alto costo de su mano de obra para los estándares mundiales no deja de plantear un problema, que la burguesía europea intenta resolver avanzando sobre las conquistas históricas de la clase trabajadora.

Esto significa que, dentro de la óptica capitalista, o bien los trabajadores europeos se resignan a aceptar los salarios y las condiciones de trabajo de la clase obrera china o de Europa del Este, o bien la deslocalización seguirá su curso, con la destrucción de empleo y de la economía nacional que eso implica. Esto explica, a su vez, que el chantaje de las patronales en cuanto a aceptar condiciones de trabajo degradadas a cambio de mantener el empleo sea comúnmente aceptado por los trabajadores, más allá incluso de las traiciones típicas de la burocracia sindical.

La crisis internacional, como vemos, encierra aún una serie de contradicciones sin resolver. El crecimiento previsto para los próximos años es demasiado débil para recuperar el terreno perdido luego del comienzo de la crisis en 2008. A su vez, la respuesta capitalista a la crisis tiene ciertos elementos de fuga hacia adelante: los rescates estatales a la economía impidieron la destrucción de capital sobrante, esencial a toda verdadera resolución de la crisis. Además, los “salvatajes” a los estados en dificultades, que van necesariamente acompañados de planes de austeridad (con el efecto depresivo que venimos de describir), llevan a una situación que puede necesitar, en el corto plazo, nuevos salvatajes, y así sucesivamente.

Pero además, los planes capitalistas a la crisis tienen un límite muchísimo más importante que sus propias consecuencias en el plano económico. En definitiva, es la lucha de clases la que tiene la última palabra, y la que dirá hasta dónde puede llegar la política capitalista frente a la crisis internacional.

UNA LUCHA DE CLASES SOSTENIDA, PERO SIN SALTOS EN CALIDAD

Estas coordenadas más generales de la crisis económica dan una cierta dinámica a la lucha de clases, imprimiéndole en cierto sentido límites y potencialidades. Sin querer predicar una visión “objetivista” del desarrollo de la lucha de clases, consideramos que la relativa estabilización de la crisis impide que haya choques entre las clases más directos (y también entre los estados). Esto se combina, evidentemente, con las condiciones subjetivas relativamente débiles: crisis de alternativa socialista, organizaciones revolucionarias con una influencia muy incipiente, control de la burocracia sindical.

Lo primero a destacar es, entonces, que en la medida en que la crisis internacional sigue sin resolverse y los planes de austeridad avanzan, la conflictividad social ha mantenido el nivel que reflejábamos en las últimas ediciones de esta revista. El año pasado realizamos un repaso de las luchas que habían cruzado al Estado Español: huelga de los mineros, luchas en la salud y la educación, movilizaciones estudiantiles (ver “España: un clima de ebullición social”, en SoB 27). Aunque se trataba de un artículo específico sobre el Estado Español, muchas de sus características eran generalizables a otros países de Europa.

En la actualidad, ese clima de ebullición *sigue su curso plenamente*. En el caso del Estado Español, hemos visto nuevamente decenas de miles salir a las calles contra los ajustes sobre los servicios públicos, huelgas estudiantiles de gran importancia, una continuidad en el movimiento anti desahucios y peleas que han tomado una envergadura nacional, como la lucha de RTVV, la radio-televisión estatal valenciana, y la huelga de los recolectores de basura de Madrid (que ha tenido impacto internacional y se saldó con una victoria).

Lo mismo vale, con sus matices, para el resto del continente. Francia ha vivido huelgas y luchas de importancia, como la de los trabajadores de PSA contra el cierre de la planta de Aulnay, la pelea de la Goodyear y las movilizaciones estudiantiles contra la expulsión de estudiantes sin papeles, entre otras.

En Grecia, amén de las cinco huelgas generales en 2013, ha habido también peleas de envergadura, como la ocupación durante 5 meses de los trabajadores de ERT, la televisión pública, que se convirtió en un foco de simpatía de los sectores en lucha y de la población, o la huelga del personal administrativo de las universidades públicas, que comienza su quinta semana al momento de escribir esta nota. A esto hay que sumarle las enormes movilizaciones antifascistas como respuesta al asesinato de Pavlos Fyssas, que pusieron al gobierno contra las cuerdas y lo obligaron a arrestar a varios de los líderes de la organización neonazi Amanecer Dorado.

Con intensidades diferentes (directamente relacionadas con el impacto de la crisis económica, que presenta variaciones de importancia), esta situación es común a varios países del continente. Movilizaciones anti austeridad en Portugal, luchas estudiantiles y por la vivienda en Italia, además de un resurgimiento en los países del este, con movilizaciones contra la corrupción y los ataques contra las condiciones de vida.

Esta conflictividad social sostenida ha permitido el crecimiento de organizaciones antiburocráticas, así como de las organizaciones de izquierda y revolucionarias. Así, ya señalábamos el año pasado el peso creciente de los sectores antiburocráticos en las movilizaciones en España, y varias de las luchas desarrolladas este año han tenido elementos de autoorganización, como en RTVV y ERT, donde la plantilla ha decidido continuar con la transmisión de manera autogestionaria. A su vez, en Grecia la extrema izquierda parece jugar un rol central en el combate antifascista, así como en las movilizaciones organizadas por los trabajadores inmigrantes.

La crisis del capitalismo, la defección absoluta de la socialdemocracia y el rol cómplice de las burocracias sindicales son terreno fértil para el desarrollo de las organizaciones revolucionarias. A su vez, una lucha de clases más directa es la escuela por excelencia para que los trabajadores hagan su propia experiencia y avancen en la comprensión del rol que juegan los diferentes actores políticos y sociales. Es la base material para que la perspectiva socialista vuelva a ser de actualidad.

Nos parece importante dejar sentado, entonces, que estamos en un período histórico de signo absolutamente *opuesto* al que caracterizó los años 90, época de retroceso de la acumulación obrera y socialista y de ofensiva económica e

ideológica de parte de la burguesía. Al contrario, lo que caracteriza el período actual es una lenta pero sostenida *acumulación*, con un regreso a escena de las luchas obreras y la reactualización de ciertos debates estratégicos.

Decimos esto porque sería de un sectarismo incurable despotricar contra los límites de los procesos actuales, haciendo abstracción del hecho de que la etapa precedente ha sido el desierto neoliberal (aunque el ciclo inaugurado por las movilizaciones de Seattle en los años 2000 ha funcionado como etapa transitoria). Repetimos una vez más: lo que caracteriza al período actual es un signo ascendente. Como hemos caracterizado desde SoB, estamos frente a un recomienzo histórico de la experiencia de los explotados y oprimidos, concepto que combina a la vez las taras que se arrastran del pasado, la falta de experiencia y la enorme potencialidad de ser una escuela política para amplios sectores que salen a la lucha.

Pero también sería un error ignorar todos los límites del proceso en aras de un “optimismo objetivista”, creyendo que la propia lucha de clases por sí sola va a superar todas sus limitaciones. Un análisis serio requiere al mismo tiempo una evaluación de las coordenadas más generales en las que se mueve la lucha de clases, lo que implica comprender cuáles son los obstáculos a superar y los límites que la experiencia política encuentra.

En ese sentido, hay que decir que los grandes diques de contención que señalábamos hace un año siguen plenamente vigentes. Es decir, a pesar de la acumulación operada en los últimos años, la lucha de clases no ha dado todavía un salto en calidad en el sentido de cuestionar los canales habituales de resolución de los conflictos, ni las estructuras de dominación de la clase capitalista.

La burocracia sindical sigue dirigiendo ampliamente al movimiento obrero. Una de las pruebas de esto es que, más allá de los conflictos sectoriales que pueden escaparle a veces, las grandes jornadas de movilización, como las huelgas generales, son por el momento impensables sin el llamado de las centrales obreras tradicionales. Esto les permite administrar la bronca popular e imponer su propio calendario a las movilizaciones, con jornadas aisladas y sin continuidad, que buscan impedir toda verdadera radicalización.

A su vez, muchas de las experiencias de autoorganización o de desconfianza hacia las direcciones burocráticas de los sindicatos no logran constituirse en una *oposición orgánica* en su seno, que se postule verdaderamente como una alternativa que logre arrastrar a sectores más amplios. Diversos sectores en lucha en Francia, por ejemplo, comenzaron a coordinarse y llamaron a manifestaciones de manera unificada: sin embargo, esto no logró cristalizar en una alternativa política a las direcciones conciliadoras de las centrales sindicales.

Con respecto al imperio generalizado de la democracia burguesa, es un límite que tampoco se ha podido cruzar (a excepción de los países de Medio Oriente, donde la radicalización de los desarrollos, con situaciones de guerra civil en algunos de ellos, ha puesto la situación en otras coordenadas). Gran parte de las aspiraciones de las masas se canalizan por el terreno electoral: tal fue el caso, por ejemplo, de las elecciones griegas de 2012, que de

alguna manera sacaron a la gente de las calles y las metieron en las urnas. El descontento se expresa cada vez más vía el ascenso de las formaciones de centroizquierda “antineoliberal” y la crisis del bipartidismo, pero sin que haya instituciones desde abajo que cuestionen verdaderamente el monopolio del Estado capitalista.

Por el momento, todo termina resolviéndose en las alturas. Los paquetes de austeridad se discuten en los parlamentos, así como las diferentes mociones de censura, como la que presentó recientemente Syriza contra el gobierno de Samaras. Los partidos clásicos del régimen se dedican a chillar parlamentariamente y no mucho más, mientras que aquellos más a la izquierda no van más allá: el Front de Gauche en Francia se limita a proponer reformas cosméticas al régimen político y una eventual participación “por izquierda” al gobierno de Hollande, y Syriza actúa como oposición parlamentaria, esperando tranquilamente su turno de asumir el poder.

Por eso es que aún no han aparecido verdaderos organismos de doble poder, característicos de toda verdadera lucha generalizada que logra ir más allá de la institucionalidad burguesa. Ha habido manifestaciones masivas, ocupaciones de plazas, enfrentamientos con la policía e intentos de cercar el parlamento, pero todo eso aún no ha cristalizado en instituciones populares que desafíen verdaderamente el poder del Estado.

Por último, la crisis de alternativa socialista sigue siendo mayoritaria entre los sectores que salen a la lucha. Hay una conciencia antineoliberal, de defensa del Estado de bienestar y las conquistas históricas (lo cual es sin duda enormemente progresivo), pero aún no se ve claramente la posibilidad de construir un sistema radicalmente opuesto al capitalismo. Esto se refleja en el ascenso de las formaciones de centroizquierda, de origen socialdemócrata o stalinista.

Por un lado, porque si se trata de detener el neoliberalismo, las instituciones parlamentarias aparecen como perfectamente adecuadas: ninguna necesidad de ir más allá, de derribar el Estado capitalista, punto de partida indispensable, al contrario, de una transformación revolucionaria de la sociedad. Por otro lado, porque nos parece que el voto a estas formaciones refleja más bien una conciencia “progresista”, contra el neoliberalismo y las calamidades de la austeridad, pero *no todavía una radicalización política anticapitalista y socialista*, que para emerger requeriría de choques más profundos entre las clases y de un deterioro más avanzado de la democracia burguesa.

Esto no significa que las diversas luchas que ha habido, así como el ascenso de la centroizquierda, no sean progresivos y reflejen un avance en la conciencia política de la clase trabajadora. Pero cerrar los ojos frente a las tareas planteadas, intentar tomar “atajos históricos” para sustituir la difícil y larga construcción de la conciencia socialista y de las organizaciones revolucionarias, sólo puede preparar futuras derrotas y desarmar a las generaciones que comienzan su experiencia política frente a la tarea de relanzar la pelea por el socialismo en el siglo XXI.

2. La situación en Grecia

La situación política en Grecia no escapa a las coordenadas más generales que acabamos de describir. Sin embargo, es importante detenerse en la situación particular de este país, ya que el impacto de la crisis económica, el lugar que ocupa en la cadena de la Unión Europea y el desarrollo de la lucha de clases allí implican una serie de puntos a tener en cuenta.

Retomando el esquema de la situación europea más en su conjunto, analizaremos de forma general el contexto económico actual en Grecia, el desarrollo de la crisis y las características más marcadas de la lucha de clases en el último período. De esta manera, intentaremos dar cuenta de la situación en la cual se inscribe el ascenso de Syriza, punto de partida indispensable para formular una política revolucionaria frente a este fenómeno.

EL ESLABÓN MÁS DÉBIL DE LA CADENA EUROPEA

Lo primero que salta a la vista al analizar la situación en Grecia es el enorme impacto de la crisis económica, lo cual se traduce en una situación social muy degradada y en planes de austeridad de una profundidad inigualada por el resto de Europa. Se trata tal vez del país donde la crisis está más avanzada, y que ha sido elegido además como conejillo de Indias de la UE para probar su receta neoliberal a la crisis.

Empecemos por algunos datos económicos. Según el propio gobierno griego, el desempleo se situaba en el 27,3% en agosto de este año, alcanzando la cifra del 60,6% en la franja de 14-26 años. En 2008, previo al estallido de la crisis internacional, el desempleo se situaba en el 7,4% (agosto); era del 9,5% en ese mes de 2009; 12,5% al año siguiente; 17,7% en 2011, para alcanzar el 25% en 2012. En 2008, el desempleo juvenil era del orden del 20%. Se calcula que desde el comienzo de la crisis cerca de 1 millón de personas perdieron sus trabajos, en un país de 11 millones de habitantes.

Por su parte, el presupuesto en salud fue recortado alrededor del 40% a raíz de los planes de austeridad de la troika. El número de enfermos de HIV se duplicó luego del recorte en la distribución de jeringas esterilizadas para los toxicómanos, los suicidios aumentaron en un 26% y los ataques cardíacos en un 40%; hay escasez de medicamentos y alrededor de 35.000 médicos, enfermeras y personal sanitario perdieron sus trabajos (www.theinternational.org/articles/452-austerity-kills-yet-persists-in-greece). En el año 2000, un informe de la Organización Mundial de la Salud colocaba a Grecia en el puesto 14 a nivel mundial por la calidad de su atención médica, por encima de Alemania (25) y el Reino Unido (18).

En el terreno de la educación pública, el presupuesto disminuyó un 33% entre 2009 y 2013. Esto llevó al cierre o fusión de 2.000 escuelas, especialmente en las zonas rurales. A su vez, el gobierno intenta en este momento despedir cerca de 1.400 empleados administrativos de las universidades (bibliotecarios, secretarios, traductores, etc.), por lo cual siete de las universidades más importantes de Grecia se encuentran hoy en día cerradas.

Como vemos, se trata de un panorama desolador, producto de los planes de austeridad impuestos por la troika y servilmente ejecutados por el gobierno heleno. Además, el horizonte no parece demasiado esperanzador. Según las previsiones de la Comisión Europea (que suele terminar revisando sus números a la baja), el PBI de Grecia crecería un magro 0,6% en 2014 y un 2,9% en 2015. Para ese año, el desempleo seguiría en el 24%, y la deuda pública representaría el 170% del PBI, contra 176% en la actualidad y 105% en 2008 (Comisión Europea: "European Economic Forecast - Autumn 2013", cit.).

Luego de varios años de austeridad y de sacrificios para los trabajadores y el pueblo heleno, las perspectivas son extremadamente débiles e insuficientes para revertir la situación de deterioro social que se vive actualmente. Es que la política de la troika ha sumido al país en una espiral recesiva, donde una menor actividad económica da menos margen para cumplir con las obligaciones hacia los acreedores, llevando a paquetes de rescate y planes de austeridad cada vez mayores, que resultan en una menor actividad económica.

A pesar del desastre al que han conducido a la economía griega, los que mandan en Europa no se plantean dar marcha atrás. En las últimas negociaciones entre la troika y el Ministro de Finanzas griego, la burguesía europea dejó bien en claro que, aunque "reconoce los sacrificios realizados", no está dispuesta a aliviar las obligaciones que pesan sobre el Estado griego: hay que seguir a toda costa con la reestructuración del Estado, es decir, el despido de decenas de miles de empleados públicos, los recortes en salud y educación y el pago religioso de todos los vencimientos de la deuda.

Así, Jeroen Dijsselbloem, a la cabeza del organismo europeo encargado de gestionar la crisis, declaró que "muchos ministros de Finanzas de la eurozona están empezando a perder la paciencia", luego de que la delegación de la troika partiera de Atenas sin alcanzar un acuerdo con el gobierno local sobre los pasos a seguir en lo inmediato. Por su parte, el ministro alemán de finanzas, Wolfgang Schäuble, señaló que Grecia no debía "reducir los esfuerzos ante el primer signo de mejora" (www.dw.de/merkel-lauds-greece-progress-as-samaras-visits).

De cara a las próximas elecciones europeas y frente al repudio popular masivo que recogen las medidas de austeridad, el gobierno intenta aparecer como endurecido, aclarando que hay "líneas rojas". Sin embargo, se apresta a avanzar con la "reestructuración", es decir, el desangramiento de los trabajadores estatales, para recibir el último tramo de ayuda prometido por la UE, y que necesita para cumplir con sus obligaciones de deuda. El gobierno va a presentar a la troika planes para ahorrar 1.300 millones de euros de gasto estatal, para así desbloquear el último tramo del paquete de ayuda (www.enetenglish.gr).

La voluntad férrea de la troika de no retroceder ni un milímetro tiene varias razones. Por empezar, se trata de defender los intereses de las burguesías imperialistas europeas, principales acreedoras de la deuda pública griega, que siguen cobrando los intereses de sus préstamos mientras los trabajadores griegos caen en la miseria. Esto tiene además una importancia central: evitar un efecto dominó que, partiendo de una cesación de pagos del Estado griego, repercuta en todo el sistema financiero y por ende en la "economía real".

Lo que está en juego es nada menos que el destino de la moneda común, el euro, que desde la creación de la unión monetaria ha servido de instrumento a los países centrales de Europa para expoliar a las economías periféricas. Más allá de que el rol económico de Grecia en la UE es limitado, la crisis de la deuda soberana afecta también a España e Italia, tercera y cuarta economías de la unión monetaria (el Reino Unido, de mayor importancia, tiene su moneda propia). Una cesación de pagos de Grecia sería un muy mal ejemplo.

Nos permitimos aquí una pequeña digresión respecto de la Unión Europea. Se trata del proyecto estratégico de la burguesía europea de los últimos 60 años. A la salida de la Segunda Guerra Mundial, la necesidad de relanzar la economía regional, de integrarla para evitar nuevos conflictos armados, y de constituir un polo alternativo a los dos “superimperialismos” en pugna (EE.UU y la Unión Soviética), fueron el impulso a la creación de la comunidad económica. Esto, a su vez, fue constituyendo una serie de jerarquías al interior, centradas en el gran capital alemán, proceso que de conjunto pegó un salto de calidad con la caída de la URSS y la época neoliberal, que colocaron a la UE como uno de los pilares de la economía mundial.

Es por esto que lo que está en juego no son meras diferencias “tácticas” frente a la gestión de la crisis, sino el sostenimiento *cueste lo que cueste* de un proyecto estratégico de la burguesía imperialista europea. Lo que se juega es el futuro de una región económica con un rol central en el ordenamiento mundial, a la vez que el sistema jerárquico que se constituyó a su interior y que hace a la “razón de ser” de las economías centrales de la UE, que se sostienen precisamente en el marco de esta configuración. De ahí que el “europeísmo” como orientación unívoca de la burguesía regional se mantenga de manera tan inflexible.

En ese sentido, la troika ha hecho de Grecia un “caso ejemplar”. Lo que está en juego allí no es simplemente el destino de la economía de ese país, sino una política burguesa de conjunto frente a la crisis económica mundial: la continuidad neoliberal pura y dura, que en Europa no conoció aún un cuestionamiento de envergadura que le impida seguir adelante; continuidad que tiene como objetivo de fondo garantizar esta configuración histórica que describimos.

Dar marcha atrás con los planes de austeridad en Grecia significaría abrir una caja de Pandora, permitir a los trabajadores españoles, portugueses, italianos y franceses cuestionar la sacrosanta austeridad, erigida hasta ahora como única vía posible de resolución de la crisis. Parte del discurso ideológico de la UE tiene que ver con los “esfuerzos comunes”, con el hecho de que todos se miden “con la misma vara”. En este caso, admitir una excepción equivaldría a romper con la regla de oro de la austeridad.

Esto nos remite, una vez más, a la lucha de clases en Europa. De alguna manera, las relaciones de fuerza entre las clases inauguradas por la ofensiva neoliberal de los años 90 siguen vigentes hoy en día. Esto es lo que explica que, aunque fuertemente cuestionado, el neoliberalismo sea actualmente el único camino, dejando fuera de combate incluso variantes burguesas más keynesianas.

No ha habido aún irrupciones de la lucha de clases tales que obliguen a la burguesía a dar un giro de 180° y comenzar a dar concesiones a las masas. Tal fue el caso de América Latina, donde las revueltas populares de los años 2000 dieron luz a una serie de gobiernos de centroizquierda que realizaron una serie de concesiones a las masas populares (a la vez que trabajaron activamente por la cooptación de los movimientos de lucha que habían surgido).

En Europa, la situación económica dista muchísimo del ciclo económicamente favorable (sobre todo el aumento de los precios de los commodities de exportación) que vivieron los gobiernos latinoamericanos, y que permitieron redistribuir una parte de la riqueza nacional en favor de los sectores populares. En ese sentido, el margen de maniobra económico parece ser más reducido para ese tipo de salidas.

Pero, sobre todo, lo que explica la situación actual es que el sistema de dominación no ha sufrido sacudidas que lo obliguen a cambiar la orientación. Lo que nos interesa señalar aquí es que la lucha de clases europea no ha alcanzado aún grados de radicalización semejantes a los que se vivieron en Latinoamérica en la última década. Esto no quiere decir que, mecánicamente, una irrupción popular en Grecia abriría una fase "keynesiana", de concesiones a las masas.

La posibilidad de un giro en la política económica de ese estilo depende de otros factores, como un escenario económicamente favorable (que permita "desviar" una parte de la acumulación para las concesiones a las masas), además de la capacidad de maniobrar económicamente (por ejemplo, vía la política monetaria). En ese sentido, las condiciones económicas y políticas de la Europa actual distan mucho de la América Latina de los años 2000, lo que implica que una salida keynesiana sea poco viable, incluso frente a una radicalización mayor de las masas.

Sin embargo, nuestra intención aquí no es entrar en detalle en las perspectivas económicas de la burguesía europea (lo que significaría analizar los patrones de acumulación de los últimos años y la posibilidad o no de reorganizar la economía europea sobre bases más keynesianas), sino marcar justamente que esta radicalización que se vivió en América Latina aún no se ha verificado en Europa, y que en la medida en que no lo haga, la burguesía europea va a seguir indefectiblemente adelante con sus planes de austeridad. Más allá de una lucha de clases en vías de radicalización, y de la heroica resistencia del pueblo griego y europeo a las medidas de austeridad, el sistema político se mantiene en pie. Se trata de uno de los límites principales a superar para que se planteen tareas de mayor alcance.

UNA RESISTENCIA ENORME QUE AÚN NO HA LOGRADO DERROTAR A LA TROIKA

La rebelión popular de 2008 abrió un ciclo ascendente de la lucha de clases en Grecia que, con sus altos y bajos, se mantiene hasta la actualidad. En 2008, se trató de una verdadera revuelta protagonizada por la juventud, desencadenada por el asesinato de un adolescente a manos de la policía, pero que

reflejaba una crisis social latente. Los jóvenes que salieron a la calle en 2008 han sido uno de los motores incansables de la resistencia del pueblo griego.

Las decenas de miles de manifestantes que tomaron la calle en ese momento, enfrentándose con la policía e irrumpiendo en la escena política sin pedir permiso, prefiguraban de algún modo el clima social que se desarrollaría en los años siguientes bajo el impacto directo de la crisis económica mundial, y se profundizaría tras los planes de austeridad impuestos por la troika.

A partir de ese momento, fue la resistencia al ajuste lo que marcó el tono: decenas de huelgas generales llamadas por GSEE y ADEDY, las centrales sindicales del sector público y el privado, movilizaciones de masas con diversos grados de radicalización, movimiento de los “indignados” con ocupación de plazas y espacios públicos. Desde ese momento, Grecia apareció a nivel internacional como uno de los ejemplos más radicalizados de la resistencia al ajuste, con una lucha de clases mucho más aguda que en el resto de Europa.

Tal vez uno de los puntos culmines de la movilización fue la jornada del 12 de febrero de 2012, día de la votación en el parlamento del segundo rescate de parte de la Unión Europea. En ese momento, más de 100.000 manifestantes ocuparon la Plaza Syntagma, frente al parlamento, enfrentándose con la policía y quemando más de 40 edificios, principalmente bancos y dependencias del Estado. Sin embargo, el plan de salvataje fue mayoritariamente aprobado por Nueva Democracia y el PASOK, partidos gobernantes de ese momento.

A partir de ese momento, la pelea electoral ocupó un espacio importante: frente a un gobierno enormemente desprestigiado, cuyo primer ministro había renunciado en septiembre de 2011, una parte importante de las expectativas se volcó hacia las elecciones legislativas de mayo de 2012 (sobre la base, además, de que la movilización no había logrado impedir el voto del segundo rescate).

No nos extenderemos aquí sobre el desarrollo de esas elecciones: ya hemos realizado elaboraciones al respecto.³

En todo caso, lo que cabe señalar es que el impasse político que significó la incapacidad de formar gobierno luego de las elecciones de mayo (con el subsiguiente llamado a nuevas elecciones en junio), así como la posibilidad de que Syriza llegara al gobierno, hicieron girar el centro de las discusiones al plano electoral.

De esta manera, las decenas de miles de manifestantes que habían tomado las calles en febrero se vieron atrapadas en el pantano parlamentario, terreno “por excelencia” de resolución de las perspectivas políticas en la época actual, a la vez que bombardeados por una propaganda mediática nacional e internacional que los llamaba a ser “prudentes”, bajo la amenaza de ser expulsados de la UE y, por lo tanto, de volver a ser un país “de segunda”.

3. Ver “Victoria electoral de la derecha, aunque de dudosos alcances”, “¡Movilización de masas para impedir la burla de la voluntad popular e imponer el no pago de la deuda y la ruptura con los esclavistas del euro y la UE!” y demás artículos sobre las elecciones griegas en www.socialismo-o-barbarie.org.

Esta situación se vio reforzada por la política de Syriza, “ganador moral” de la primera ronda electoral, que se negó a llamar a movilizar a los trabajadores para imponer la anulación del memorándum, que era lo que los resultados de mayo arrojaban verdaderamente como mandato popular. Al contrario, sus dirigentes se dedicaron a jurar lealtad al euro frente a la prensa imperialista y los líderes europeos, moderando su discurso y presentándose como capaces de garantizar la “gobernabilidad”.

Finalmente, las elecciones se saldaron con la victoria de Nueva Democracia y la formación de un gobierno pro memorándum constituido por ND, el PASOK y DIMAR (Izquierda Democrática, escisión de Syriza). Aunque cuestionado desde el día uno, este gobierno significó una victoria de la troika, y ha permitido seguir aplicando los planes de ajuste hasta el día de hoy.

Por todo esto, nos parece que la situación no ha llegado a grados de radicalidad semejantes a los de los últimos años, y que la aprobación del segundo rescate en febrero y la victoria de Nueva Democracia en los comicios han jugado un papel en ese sentido. Sin embargo, la situación está lejos de haberse estabilizado, y la situación política griega está cruzada por fuertes luchas.

Como dijimos más arriba, los planes de austeridad de la troika siguen su curso, y no parece haber la más mínima intención de parte de la UE de aliviar las condiciones impuestas al pueblo griego. Como consecuencia de esta situación, los ataques contra los trabajadores del sector público siguen su curso, así como contra los servicios públicos como la salud y la educación.

Una de las peleas más emblemáticas de este año, por la enorme simpatía popular que ha despertado y por la firmeza de los trabajadores en lucha, ha sido la de la televisión estatal ERT. El 11 de junio de 2013, el gobierno de Samaras anunció que a partir del día siguiente la radiotelevisión pública dejaría de funcionar, lo cual implicaba el despido de cerca de 2.700 trabajadores.

El gobierno buscaba así ahorrar 300 millones de euros anuales y cumplir con el mandato de la troika que lo obligaba a despedir 2.000 empleados públicos antes de fin de julio. Este cierre relámpago, que contó con el apoyo de Amanecer Dorado, tenía como cínico argumento mejorar la “transparencia” en la gestión de la televisión estatal, de parte de un gobierno que decide el destino del país entre cuadro paredes con los mandamases de la UE. El portavoz del gobierno, Simos Kedikoglou, declaraba en una emisión televisada: “ERT es un caso único de opacidad y despilfarro. Eso se acaba hoy”.

Pero el tiro les terminó saliendo por la culata: los trabajadores de la emisora decidieron ocuparla y seguir transmitiendo de manera ilegal las 24 horas para frenar el cierre. Así, ERT se convirtió en portavoz de las reivindicaciones de la clase trabajadora y el pueblo, en el ejemplo de la resistencia frente a los planes de austeridad, recibiendo la simpatía enorme de los diferentes sectores en lucha.

“Estamos emitiendo gracias al dinero del fondo de huelga”, declaró Eirini, una trabajadora de la emisora. “ERT es una herramienta de las luchas, emitiendo cada huelga y manifestación. El gobierno no se ha atrevido a desalojarnos por la solidaridad de la clase trabajadora” (socialistworker.co.uk/art/36779). Como vemos, la combatividad del pueblo griego sigue en niveles muy altos.

Esta situación se prolongó durante cinco meses, en los cuales los trabajadores organizaron la emisión las 24 horas. Finalmente, el 5 de noviembre el gobierno desalojó ERT, no sin pagarlo con un desgaste político importante, como se refleja en la moción de censura presentada por Syriza, que el gobierno derrotó apenas con 154 votos en un parlamento de 300, lo cual constituye una mayoría muy débil.

Por su parte, los trabajadores administrativos de las universidades públicas entran en su quinta semana de huelga frente a la política del gobierno de despedir 1.400 trabajadores de ese sector, lo cual pone en cuestión el funcionamiento mismo de esas universidades. La Universidad de Atenas, por ejemplo, permanece cerrada desde entonces, alegando que no puede funcionar bajo tremendas reducciones. La relación entre número de estudiantes y número de personal administrativo es de 80 a 1, contra 13 a 1 en el Reino Unido, según el periódico ateniense *Eleftherotypia*.

Por último, una lucha de enorme importancia el último año ha sido la pelea contra la extrema derecha, que luego de las elecciones de junio 2012 hizo su entrada en el parlamento a través de la formación neonazi Amanecer Dorado. Así, 2013 ha estado cruzado por movilizaciones de trabajadores inmigrantes y del movimiento antifascista contra el crecimiento de la extrema derecha.

La situación de grave crisis social que vive Grecia es un terreno favorable para el desarrollo del discurso de extrema derecha. Por un lado, porque el gobierno ha tomado una gran parte del discurso xenófobo, lanzando planes para deportar inmigrantes, con 80.000 detenciones en sólo algunos meses y llegando incluso a proponer que en la policía y el ejército sólo se admitieran "griegos de nacimiento", lo cual fue saludado por Amanecer Dorado, que se regocijó de que el gobierno "sigue su agenda política".

Pero además, la enorme descomposición social deja una serie de brechas sobre las cuales se cuelan los neonazis, ocupando el lugar que el Estado deja vacante. Así, han comenzado a montar redes de asistencia social, con reparto de comida o atención médica, aunque, claro está, sólo para griegos. Esto les permite comenzar a insertarse en el tejido social.

Sin embargo, la izquierda y los trabajadores no han dejado pasar esta situación sin reaccionar. Miles de trabajadores inmigrantes se movilizaron en agosto de 2008 contra la violencia y las discriminaciones que sufren cotidianamente: cerca de 5.000 manifestantes recorrieron Atenas con pancartas que decían "No a la islamofobia" y "Fuera los neonazis". A su vez, diversas movilizaciones antifascistas se realizaron a lo largo del año para protestar contra los vínculos entre Amanecer Dorado y el gobierno y la policía.

Pero el punto de inflexión fue el asesinato el 18 del rapero antifascista Pavlos Fyssas a manos de militantes de Amanecer Dorado. Este asesinato trajo una inmediata reacción, con movilizaciones espontáneas que fueron reprimidas por la policía y un enorme repudio social, que obligó a todos los partidos políticos a repudiar el asesinato. Samaras se vio obligado a declarar en televisión que "no permitiría a los descendientes de los nazis envenenar la vida social".

Las movilizaciones antifascistas se sucedieron, y coincidieron el 25 de septiembre de 2013 con la segunda jornada de huelga general llamada por los sindicatos, que convocaron para ese día a una movilización antifascista. Así, los trabajadores en lucha y el movimiento antifascista confluyeron en las calles, movilizando más de 50.000 personas hacia los locales centrales de Amanecer Dorado, con los militantes sindicales llevando pancartas con la consigna "Fuera los nazis de los lugares de trabajo".

Frente a esta enorme presión desde abajo, el gobierno se vio obligado a arrestar a la mayoría de los dirigentes de Amanecer Dorado, incluyendo a varios parlamentarios. Se trata de una gran victoria del movimiento antifascista, que no deposita sin embargo ninguna confianza en un gobierno que ha sido cómplice del crecimiento de la organización neonazi. Por lo tanto, la temática antifascista sigue siendo de gran actualidad en los lugares de trabajo y de estudio.

Como vemos, la situación abierta en 2008 sigue marcando el ciclo de la lucha de clases en Grecia. A pesar de las dificultades, no ha habido ninguna derrota histórica que haga retroceder la lucha de clases de conjunto, como fue la victoria de Thatcher sobre los mineros en lucha en el Reino Unido. Al contrario, lo que caracteriza la situación actual es una disposición de lucha importante, con una gimnasia que se ha mantenido durante los últimos años y una resistencia popular que no se hace esperar, como demuestran las rápidas respuestas frente al cierre de ERT o el asesinato de Pavlos Fyssas.

Sin embargo, esto no puede ocultar el hecho de que tampoco se han obtenido victorias de importancia, sino que los planes de ajuste de la troika siguen su curso, descargándose sobre la espalda del pueblo trabajador. Esto se debe en gran medida a que no ha habido todavía una acción histórica independiente de las masas que haga temblar todo el sistema político y social.

Los conflictos sociales en Grecia se han resuelto por el momento *siguiendo los canales tradicionales*: las grandes confederaciones sindicales socialdemócratas, las elecciones parlamentarias, las jornadas de lucha masivas pero sin continuidad. Un reflejo de esto es que la gran noticia luego del desalojo de una ERT ocupada durante 5 meses por los trabajadores haya sido la moción de censura presentada por Syriza... en el parlamento.

Es decir, no ha habido por el momento una irrupción en la escena política de las masas que instaure una nueva relación de fuerzas entre las clases y obligue a la clase dominante y a la burguesía europea a dar marcha atrás, o al menos relajar los planes de austeridad. Hasta que tal situación no se produzca, los ataques contra la clase trabajadora *están llamados a continuar*.

En el caso de América Latina, por ejemplo, lo que marcó la década del 2000 fue precisamente la entrada en escena de las más amplias masas movilizadas, que desbordaron y dañaron gravemente al sistema político tradicional. Fue el caso del Argentinazo en 2001, luego del cual se sucedieron varios presidentes en el plazo de semanas; de las rebeliones en Bolivia en 2003 y 2005, que voltearon a dos presidentes, o incluso de la victoria contra el golpe de Estado en Venezuela en 2002, derrotado gracias a la movilización popular.

En todos estos casos, los canales tradicionales estallaron en el aire, dando lugar a reconfiguraciones en las relaciones entre las clases y al nacimiento de gobiernos de centroizquierda que tuvieron que dar un giro (de manera relativa) en relación con la política neoliberal aplicada hasta entonces. Estos acontecimientos siguen marcando una situación de la lucha de clases relativamente importante en esos países.

En Europa todavía no se ha llegado a esta situación. Los diques de contención clásicos siguen funcionando, aunque altamente deteriorados. La burocracia sindical controla mayoritariamente el movimiento obrero, la democracia burguesa es el modo de dominación universal, y las organizaciones revolucionarias y antiburocráticas aún son débiles. En ese sentido, los límites que hace un año analizábamos como impidiendo que la situación se radicalice siguen plenamente vigentes.

Sin embargo, Grecia es el país donde probablemente el sistema político tradicional se encuentre más golpeado. El derrumbe completo del PASOK, que supo gobernar ininterrumpidamente durante 20 años, así como el retroceso de Nueva Democracia, el otro partido histórico de la burguesía, muestran el debilitamiento del sistema bipartidista, pilar de la gobernabilidad burguesa.

A su vez, Syriza, un partido en gran parte atípico, podría llegar a gobernar el país luego de las elecciones legislativas, mientras que la extrema derecha entra por la puerta grande a la vida política. Se trata de un sistema político en crisis, a cuyo análisis nos dedicaremos ahora.

3. La crisis del sistema político

El sistema político griego salió de la Segunda Guerra Mundial sumido en una crisis profunda, de la que sólo se recuperó en la década del 80. Ese conflicto bélico sería el momento de la formación del ELAS (Ejército Nacional de Liberación Popular, por sus siglas en griego), controlado por el KKE (Partido Comunista) y principal organización de la resistencia contra el fascismo.

Una vez terminada la guerra, durante la cual los comunistas y los conservadores monárquicos se disputaron la dirección de la resistencia, este conflicto estalló abiertamente en guerra civil, reflejando en parte una derivación nacional de los conflictos interimperialistas de la segunda posguerra. Así, finalmente, gracias a la ayuda económica y militar del Reino Unido y de Estados Unidos, los monárquicos lograron imponerse.

Aunque esto significó una victoria de los conservadores, que lograron mantenerse en el gobierno durante varios años, encabezados por Kostantinos Karamanlis, la situación política no logró estabilizarse. Así, la década del 60 estuvo signada por graves crisis políticas: las elecciones de 1961, denunciadas por los partidos de oposición como fraudulentas, debieron volver a realizarse, dando la victoria a los liberales-centristas de Unión de Centro.

Pero el gobierno centrista tampoco pudo controlar la situación, y los conflictos del primer ministro con el monarca griego, sumado a la defección de sectores importantes de su partido (la llamada "apostasía de 1965"), configura-

ron un escenario de inestabilidad que dio lugar al golpe militar del 21 de abril de 1967, que inició la llamada dictadura de los coroneles.

Ese régimen se extendió desde 1967 hasta 1974, cuando las movilizaciones populares, amplificadas a partir de la revuelta de la Politécnica en 1973, sumado a las fallidas aventuras militares del régimen dictatorial⁴, llevaron a su caída y a la proclamación de la República. Se abrió el período de mayor estabilidad política del régimen.

Así, luego de dos gobiernos consecutivos de Nueva Democracia, partido fundado por Kostantinos Karamanlis, figura eminente de la derecha de la posguerra civil, comenzó la dominación durante 20 años (sólo interrumpida entre 1989 y 1993) del socialdemócrata PASOK, que gobernó entre 1981 y 2004. Se trató del período de estabilidad democrática más prolongado de Grecia en la posguerra.

Durante este período, el PASOK y Nueva Democracia lograban captar *por encima del 80% del voto*, relegando a la marginalidad al resto de las expresiones políticas (a excepción del KKE, que ha oscilado siempre entre el 5% y el 10%, gracias a su implantación histórica) y configurando una democracia burguesa absolutamente normal y estable.⁵

Hacemos esta mirada retrospectiva para remarcar que el sistema político hoy en cuestión es el que ha marcado la vida política del país durante las últimas tres décadas, y que se trató del régimen más estable que el país conoció desde la salida de la Segunda Guerra Mundial. Lo que está hoy en cuestión son *los cimientos mismos de la configuración de la democracia burguesa* que vio la luz luego de la caída de la última dictadura militar.

Por lo tanto, las reorganizaciones a nivel del espectro político son de un alcance muy profundo, en tanto significan la erosión de los esquemas de representación política y de lealtad partidaria que organizaron la vida político-electoral de los últimos treinta años. Desde ese punto de vista, hay que evitar todo sectarismo frente a un proceso que, aun con sus fuertes límites, podría anunciar un recomienzo en la experiencia política de amplios sectores, al menos en cuanto a representación político-parlamentaria se refiere.

Las elecciones de mayo de 2012 vinieron justamente a hacer saltar por los aires este esquema bipartidista clásico. La erosión del bipartidismo venía obser-

4. Como respuesta a la revuelta de la Politécnica, un sector de derecha de las Fuerzas Armadas realizó un golpe interno contra el líder de la Junta Militar, Georgios Papadopoulos, que comenzaba a esbozar medidas de liberalización de la vida política. Este golpe, liderado por Dimitris Ionnadis, disparó a su vez un golpe de Estado en Chipre, isla disputada históricamente con Turquía. La posterior invasión de Chipre por parte de Turquía, así como el fracaso del golpe de Estado anexionista, significó el derrumbe de la Junta Militar griega.

5. Esto no es más que un somero y superficial racconto de los acontecimientos de la posguerra, visto que no es el objeto de este artículo y que todavía tenemos un conocimiento escaso de la tradición del país. Por eso, es posible que muchos de los matices y contradicciones que hacen al movimiento histórico se nos hayan escapado.

vándose desde 2007: así, frente al 85% obtenido conjuntamente por el PASOK y ND en 2004, en 2007 esta cifra bajaba al 80% (mientras crecían el KKE, Syriza, y el derechista LAOS, sumando 17% en total). En 2009, PASOK y ND sumaban el 77%, mientras que los partidos menores (KKE, Syriza, LAOS, ecologistas) alcanzaban el 20%.

Pero en 2012 este proceso pegó un salto cualitativo. El PASOK, principal partido gobernante del período post dictatorial, se derrumbaba del 43% al 13% en sólo 3 años. Nueva Democracia, por su parte, caía del 33 al 19%. Los pilares del bipartidismo de la posguerra pasaban de captar el 85% de los votos en 2004 a apenas el 32%. Se veían superados por un universo de pequeños partidos (desde el KKE hasta el neonazi Amanecer Dorado), que sumaban el 45% de los votos (incluyendo pequeñas escisiones de los partidos gobernantes que rozaron el 3%, como Alianza Democrática o Recrear Grecia).

Esto sumió al país en una grave crisis política, que llegó a plantear una posible salida del euro y desató el pánico internacional que ya hemos descrito. Finalmente, las elecciones de junio de ese año permitieron concentrar el voto en Syriza y Nueva Democracia, partidos mejor posicionados en mayo, y que representaban de manera general el polo anti memorándum y pro memorándum respectivamente. Nueva Democracia se alzó con la victoria y continúa en el gobierno.

Sin embargo, esto constituye más bien una solución transitoria, que no está llamada a durar. El desgaste del régimen político bipartidista es muy profundo, y la catástrofe del PASOK (que además del derrumbe electoral sufre una crisis interna, falta de liderazgo y guerra de caciques) no deja entrever una vuelta a la normalidad inmediata de la alternancia clásica entre la centroizquierda y la centroderecha.

Desde ese punto de vista, la elección de Syriza, más allá de la política de esta formación, que analizaremos más adelante, es un reflejo de estas transformaciones del comportamiento político clásico. Porque se trata, aunque reformista y parlamentarista, de una formación política que no es orgánica de la burguesía griega, como sí lo es el PASOK, que ha gobernado el país durante dos décadas, y ni hablar Nueva Democracia.

Al contrario, refleja en un sentido el desprecio hacia las formaciones clásicas y la búsqueda de una “renovación”: la elección de un joven como Alexis Tsipras a la cabeza de una formación que reagrupa sectores importantes de la “vieja guardia” comunista no es azarosa. Aunque una gran parte de su base electoral esté compuesta de ex votantes del PASOK, no es un dato menor que grandes batallones que durante dos décadas se mantuvieron fieles a los socialdemócratas hayan cambiado su voto.

A esto se suma el desarrollo de las organizaciones de extrema derecha, con la entrada al parlamento de Amanecer Dorado. Se trata de un partido abiertamente neonazi, cuyo respeto por la “democracia” (burguesa) es incluso menor que el de los partidos patronales tradicionales. Es el reflejo de una tendencia hacia los extremos, que amenaza con desbordar los canales parlamentarios clásicos: el terreno de Amanecer Dorado, más que el parlamento, es el asisten-

cialismo populista y xenófobo, así como las acciones directas contra inmigrantes y militantes de izquierda.

Así las cosas, queda claro que el sistema bipartidista burgués está gravemente cuestionado, y que algunos de sus pilares (como el PASOK) han entrado en una crisis profunda. Sin embargo, es necesario plantear una serie de contrapesos a esta tendencia, para no tener una visión impresionista de que entramos lisa y llanamente en el “derrumbe de la democracia burguesa”.

Por empezar, está claro que la democracia burguesa *no se derrumbó*. Como ya hemos señalado, se trata –aun en un clima de alta conflictividad social– del ámbito universal de resolución de las cuestiones: la vida electoral, así como la actividad parlamentaria, siguen ocupando un lugar importante de la escena política griega. Eso es lo que refleja la enorme repercusión e interés que las elecciones de junio de 2012 produjeron en el pueblo griego.

Por otro lado, no existen todavía organismos independientes, ni que hablar de verdaderos organismos de doble poder, que ya significarían *un estadio superior de radicalización política*. Por el contrario, el poder político es monopolio indiscutido del Estado burgués, que no se ve desafiado por organizaciones alternativas desde abajo.

Además, es necesario realizar un balance mesurado de lo que la votación de Syriza refleja. Nos da la sensación de que una parte importante de la elección de Syriza es la expresión de un voto anti memorándum, del cual esta formación se volvió el “portavoz” luego de la elección de mayo, que lo dejó como principal competidor de Nueva Democracia.⁶ Desde ese punto de vista, y como remarca el artículo citado, los clivajes históricos “izquierda/derecha” (más bien deberíamos decir socialdemócratas/conservadores) se fueron debilitando y dando lugar más bien a una oposición pro memorándum/anti memorándum.

Recordemos que la política pro austeridad no sólo fue una fuente de crisis para el PASOK, sino también para Nueva Democracia, que vio varios de sus parlamentarios partir y fundar el partido ANEL, nacionalista anti memorándum, que obtuvo el 10% en su debut electoral de mayo 2012. No es fruto del azar el hecho de que una colaboración entre Syriza y ANEL contra el memorándum se planteó como posibilidad entre ambas elecciones.

No intentamos hacer aquí un amalgama entre Syriza y las corrientes nacionalistas, sino demostrar que el enfrentamiento pro y anti memorándum cobró una importancia central en la escena política griega. El partido de Tsipras logró combinar el hartazgo frente al memorándum con una orientación cuidadosa frente a la UE, a la que muchos griegos consideran como un signo de “ascensión social” del país en su conjunto.

Esto tiene su importancia en dos sentidos. En primer lugar, porque significa que el voto hacia Syriza no expresa necesariamente una radicalización políti-

6. En este sentido, nos apoyamos en los politólogos Rori Lamprini y Dinas Elias, “Les élections législatives grecques de 2012: des élections à haut risque” (“Las elecciones legislativas griegas de 2012: elecciones de alto riesgo”), *Pôle Sud*, 2012/2, N° 37, pp. 173-183.

ca en el sentido de desbordar el sistema democrático burgués y el capitalismo como tal. Esto no quita que sea enormemente progresivo, en tanto cuestiona la receta neoliberal a la crisis, pero es importante mantener las proporciones y no ver oleadas revolucionarias allí donde lo que hay es más bien una respuesta “progresista” a una situación de catástrofe social.

Esto explica que Syriza haya en cierta medida retrocedido frente a la presión de los imperialismos europeos, jurando una y otra vez fidelidad al euro. Pero justamente esto no significó un desbarranque electoral, sino que logró conectar con un clima político donde memorándum comienza a ser mala palabra, pero *Europa o euro no lo son aún*. Desde ese punto de vista, la contradicción insalvable de estar contra el ajuste pero a favor de mantenerse en la zona euro empalma con el sentido común del momento.

La elección de Syriza no es, para nosotros, el reflejo de una radicalización política que esté ya mismo en condiciones de ir más allá del parlamentarismo burgués y el capitalismo: la orientación y práctica puramente electoralista de Syriza es una muestra de esto. De lo que se trata, justamente, es de luchar conscientemente contra estos límites. Volveremos sobre esto más adelante.

En segundo lugar, el ascenso de Syriza fue facilitado en cierta medida por la lógica misma de las circunstancias. Nos explicamos. En el primer round electoral, Syriza quedó apenas unos puntos atrás de Nueva Democracia, lo cual la ubicó objetivamente como principal fuerza del campo anti memorándum con posibilidad de gobernar el país.

Esto lo catapultó al estrellato nacional e internacional como el “ganador moral” de esa elección y único competidor serio (desde el punto de vista electoral) de los ajustadores de Nueva Democracia. Esto potenció el voto útil en las elecciones de junio, que funcionaron objetivamente como una segunda vuelta, trepando entonces al 27% (+10%), a sólo 3 puntos de Nueva Democracia (que también logró un 10% más que en mayo), aunque la tramposa ley electoral que otorga un bonus de 50 parlamentarios al partido ganador permitió a Nueva Democracia formar gobierno junto al PASOK y DIMAR.

Sin dudas, Syriza es hoy uno de los principales protagonistas de la vida política griega, principal partido de oposición, capaz de ganar las próximas elecciones legislativas y “portavoz” del sentimiento anti austeridad. Sin embargo, esto no nos debe impedir ver las contradicciones que lo atraviesan, y que permiten relativizar esta posición.

En mayo de 2012, Syriza obtenía el 17% de los votos. Es verdad que se trata de un ascenso espectacular frente a 2009 (donde había obtenido el 4,6%, por debajo del KKE), aunque en el contexto de un derrumbe del PASOK (que cayó 30 puntos). Sin embargo, frente al 17% de Syriza, el PASOK obtenía el 13%, el KKE el 8,5%, y DIMAR (una escisión de Syriza), el 6%.

Como vemos, se trata de una formación que está lejos de ser hegemónica en el seno de la izquierda, aunque las elecciones de junio hayan aumentado su caudal de votos y la hayan convertido en la principal oposición. Frente al 43% que llegó a cosechar el PASOK incluso en... ¡2009!, el 17% de Syriza debe ser relativizado.

Decimos esto porque sería un error traducir de manera automática los resultados de Syriza a una *hegemonía orgánica, social y territorial-electoral* sobre franjas amplias de la población como la que ha tenido la socialdemocracia a partir de los años 80. Es esta construcción orgánica de corrientes independientes en el terreno, en el seno de la clase obrera, lo más difícil de lograr, y lo que podría empezar a reflejar una verdadera radicalización política. Claro que, con su orientación puramente electoral, Syriza no tiene como prioridad este tipo de construcción.

En definitiva, el sistema político griego conoce una de las crisis más profundas luego de la caída de la última dictadura, que vio nacer el período de mayor estabilidad política desde la salida de la Segunda Guerra Mundial. Esto se refleja en la crisis de los partidos tradicionales, así como tendencias hacia los extremos políticos que podrían profundizarse.

Sin embargo, aunque cuestionado, el régimen político no ha sido aún desbordado por acciones independientes de las masas que reorganicen de conjunto las relaciones entre las clases. El ascenso de Syriza es más bien el reflejo de un voto anti austeridad que de verdadera radicalización política, y su traducción en el terreno está lejos de ser automática.

Todos los reflectores apuntan hoy a Syriza, desde el establishment europeo y mundial hasta la extrema izquierda. Sería de una necesidad enorme rehuir, en vista de las debilidades y contradicciones de Syriza, el debate que se impone en torno de esta formación: se trata de una organización que determina en gran medida algunos puntos de clivaje de la izquierda mundial, y más particularmente las diferentes posiciones a llevar adelante en Grecia.

Nos dedicaremos ahora por lo tanto al análisis de Syriza: cuáles son sus orígenes, su identidad y cuál ha sido su evolución desde que las elecciones de 2012 la lanzaron al estrellato mundial. Sobre la base de esta caracterización es que luego podremos trazar ciertas perspectivas de lo que sería un gobierno de Syriza, y algunas pistas para la formulación de una política revolucionaria en Grecia.

4. ¿De dónde viene y hacia dónde va Syriza?

Comencemos por situar al principal componente y dirección actual de Syriza, la corriente Synaspismos. No se trata de pedir una prueba de "ADN revolucionario", sino de comprender el origen y el derrotero histórico de esta corriente.

Los orígenes de Synaspismos se remontan al nacimiento del llamado eurocomunismo a partir de los años 80. Se dio en llamar eurocomunismo al creciente alejamiento de parte de ciertos partidos comunistas occidentales (el español, el italiano, el francés) con respecto a la Unión Soviética, que había dictado de manera inequívoca la política de esas organizaciones desde el ascenso del stalinismo.

Este alejamiento tenía dos objetivos. Por un lado, se trataba de ganar a un sector de activistas desilusionados con una URSS que venía de mostrar su ros-

tro más brutal aplastando las revueltas en Praga, a la vez que perdía parte de su “prestigio revolucionario”. Por otro lado, se trataba de mostrarse como partidos “normales”, en un continente donde la estigmatización del comunismo como “enemigo interior” (satélite de la URSS) había marcado parte de los desarrollos políticos.⁷

Esto iba acompañado de una teorización acerca de la “vía pacífica al comunismo”, relegando la toma del poder político como estrategia revolucionaria a los oscuros inicios del siglo XX, cuando no a una incompreensión leninista de la “plasticidad” de la democracia burguesa. Así, en “Eurocomunismo y Estado”, de 1977, Santiago Carrillo, dirigente principal del Partido Comunista Español, defendía la idea que “la sociedad había cambiado desde 1917” y que por lo tanto “la vía pacífica al socialismo era una posibilidad”. Esto abría la perspectiva de “sanar la ruptura de 1920”, es decir, la escisión entre comunistas y socialdemócratas en España posterior a la revolución rusa.

Por su parte, Nicos Poulantzas, eurocomunista griego, defendía una perspectiva similar. Argumentaba que el problema del leninismo tradicional era que menospreciaba el “carácter conflictivo” del Estado capitalista, y por lo tanto la capacidad de avanzar hacia el socialismo a través de él. A su vez, este menosprecio de la “democracia burguesa” habría abierto la puerta a la política represiva hacia las libertades políticas de parte del stalinismo, otro de los puntos de distanciamiento del eurocomunismo.

Las bases de esta corriente histórica, que nutren la dirección mayoritaria de Syriza, están relacionadas entonces con la idea de que la divisoria de aguas “reforma/revolución” ya no es de actualidad y que el avance hacia el socialismo puede realizarse a través de las estructuras del Estado capitalista, a las cuales las elecciones permitirían acceder. La política actual de Syriza deriva directamente de estas concepciones.

Desde su ascenso en mayo de 2012, la dirección de Syriza nunca ha “sacado los pies del plato” parlamentario. No se le ocurrió apoyarse en la enorme votación anti memorándum del momento para desarrollar una movilización e imponer el fin de los planes de ajuste. Al contrario, se dedicó a hacer campaña para la segunda vuelta, lavando cada vez más su programa.

Así, luego de las elecciones de junio, Tsipras declaró que no iban a “llamar a la gente a movilizarse”, que su estrategia iba a ser tanto dentro como fuera del parlamento “apoyar las cosas positivas y condenar las negativas (!)” y que Grecia necesita líderes que puedan usar la rabia del pueblo para “negociar para el bienestar del país” (uk.reuters.com/article/2012/06/19). Es decir, no hace falta movilizarse; a partir de ahora los “líderes” se ocupan.

De que lo se trata es de ser una oposición parlamentaria responsable y de poder “gobernar cuando la oportunidad se presente”. De movilizar, organizarse en los sindicatos, desarrollar estructuras independientes desde abajo, ni una

7. Para los orígenes y rasgos del eurocomunismo, nos apoyamos en Paul Blackledge, “Left reformism, the state, and the problem of socialist politics today”, *International Socialism* 139.

palabra. De lo que se trata es de mostrar que pueden asegurar la “governabilidad” de un país en llamas.

De ahí la importancia de la gira de Tsipras a Latinoamérica, donde se entrevistó con Dilma Rousseff, asegurando que el mensaje de Brasil a Grecia era que la salida de la crisis sólo puede ser “a través de políticas sociales, de crecimiento y de redistribución” (greece.greekreporter.com/2012/12/24). Luego de una reunión con el vicepresidente argentino Amado Boudou, el líder de Syriza declaró que “Argentina es un modelo a seguir para la región y para el resto del mundo”.

Estas declaraciones dicen mucho sobre la política llevada adelante por Syriza, en dos sentidos. En primer lugar, porque el “modelo” de Kirchner y Rousseff que Tsipras quiere emular se basó, es cierto, en una determinada redistribución de la renta nacional hacia las clases populares (en un contexto de altos precios de los commodities), pero que no modificó en lo más mínimo la estructura atrasada de esos países, para no hablar de transformaciones socialistas de la sociedad.

Además, ambos gobiernos han sido garantes absolutos de las ganancias capitalistas, que amasaron grandes fortunas durante los años de gobiernos “nacionalistas”, y no han dudado en reprimir toda protesta social que ponía en cuestión la dictadura capitalista sobre la clase trabajadora en el terreno de la producción. El desarrollo de una serie de capitalistas amigos, “nacionales y populares”, es un signo característico de estos gobiernos.

Pero sobre todo, lo esencial de la misión histórica de esos gobiernos (especialmente Kirchner, Chávez y Evo Morales; Brasil no vivió una verdadera rebelión popular, como sí sucedió en otros países, y en su caso el gobierno del PT fue más bien “preventivo”) fue *reabsorber las rebeliones populares*, cambiar algo para que no cambie nada, y sacar a la gente de las calles para meterla en las urnas. Se trató de formaciones políticas que supieron leer las nuevas relaciones de fuerza entre las clases y alejarse lo suficiente del neoliberalismo puro y duro para controlar la situación, pero sin poner en cuestión ni un milímetro el ordenamiento capitalista de esas sociedades.

Esto cobra toda su actualidad en momentos en que la crisis capitalista internacional impacta de lleno en esas economías –en 2009, el crecimiento de China, principal comprador de las materias primas latinoamericanas, logró suavizar el efecto de la crisis– y esos gobiernos se aprestan a hacérsela pagar a los trabajadores. Desde la inflación desbocada en Venezuela y Argentina, pasando por los tarifazos en los servicios públicos y el deterioro de la infraestructura local (del cual las múltiples masacres ferroviarias en Argentina son la más cruel expresión) es la clase trabajadora la que sufre directamente la desaceleración económica.

Es decir que, más que como dirección revolucionaria, Syriza se propone como bombero de la situación en Grecia. Un bombero “progresista” y anti memorándum, sin duda, pero bombero al fin. Lo que entra en juego aquí, además de la defensa de la “vía parlamentaria al socialismo”, es su defensa de la UE y el euro, que los deja sin margen de maniobra.

Lo que sucede es que mientras Syriza dice estar en contra del memorándum, se niega a defender una ruptura anticapitalista con el euro. Esto lo lleva a una contradicción insalvable, porque los planes de austeridad son la condi-

ción previa que la burguesía europea pone para seguir financiando la deuda griega, hoy en niveles inalcanzables y cuya cesación de pagos implicaría inmediatamente la necesidad de romper con la moneda única.

Esto es lo que explica que, ante la amenaza de expulsar a Grecia de la eurozona, Tsipras se haya dedicado a tranquilizar a la burguesía europea e internacional y asegurarle su compromiso europeísta. Es lo que ha llevado, a su vez, a bajar el tono de Syriza, pasando de defender una ruptura unilateral del memorándum a su "renegociación". Por supuesto, hasta el gobierno de Samaras (y cualquier político burgués lo haría) está intentando "renegociar" un plan de ajuste que desangra al país y amenaza con liquidar a Nueva Democracia políticamente.

Además, la política monetaria es uno de los resortes económicos principales que tiene un gobierno para intervenir sobre la marcha del país. Sin moneda propia, Grecia sigue condenado a competir con economías que le llevan años luz (como Alemania y Francia), situación que se mantuvo durante años gracias al crédito barato, pero que es insostenible a largo plazo.

Claro que una ruptura con el euro debería realizarse desde una perspectiva anticapitalista, ligándolo inmediatamente a la expropiación de los grandes grupos empresarios y el control obrero de la producción. De otra manera, sólo sería un instrumento de la burguesía autóctona para recuperar competitividad internacional sobre la espalda de la clase trabajadora, que pagaría los platos rotos de una devaluación.

Pero Syriza ni se plantea esto, y en el momento en que Bruselas sentencia al pueblo griego a la miseria social, Tsipras hincha el pecho mientras asegura que "va a mantener a Grecia en la eurozona" frente a los capitalistas de las grandes potencias. ¿Cómo se explica tal posición?

Lo que sucede es que para Grecia, como para otros países del sur o del este, históricamente menos desarrollados, la entrada en la Unión Europea ha significado una especie de "ascenso social" de conjunto. Las poblaciones de esos países salían así de la categoría de países "del sur" o "balcánicos" para entrar a jugar en las "grandes ligas" de Europa.

A este ascenso más bien simbólico se suma el hecho de que, gracias a los manantiales de crédito barato que fluyeron sobre esas economías una vez que el euro las respaldaba, el nivel de vida de las masas *creció efectivamente*. Así, el PBI per cápita creció de 18.000 dólares anuales en 2004 a 23.000 en 2006, para alcanzar un pico de 28.000 en 2009, con una inflación anual en torno al 4% (datos del BM).

Además, formar parte de la Comunidad Europea implica una serie de ventajas en términos de migración interna, en cuanto a la movilidad de los estudiantes (gracias, por ejemplo, a las becas Erasmus) y demás cuestiones que hacen del ascenso "simbólico" una cuestión mucho más concreta. Como reflejo de este estado de ánimo, son muy significativas las movilizaciones masivas (con enfrentamientos con la policía) que tuvieron lugar en Ucrania, contra la voluntad del presidente de ese país de rechazar un acuerdo comercial con la UE. Así, dos jóvenes movilizados señalaban que Europa significa "viajar libremente y estudiar gratis" (*El País*, 26-11-13).

El problema es que Syriza se adapta acriticamente a este estado de ánimo, sin dar una pelea por comprender el verdadero carácter de la construcción capitalista de Europa. Así, no solamente queda rengo en materia económica, sino que deja parte del campo libre a las formaciones de extrema derecha, que denuncian la Unión Europea pero desde una óptica capitalista y xenófoba.

De lo que se trata, en este sentido, es de defender la idea de que la solidaridad entre los pueblos de Europa es precisamente la antítesis de la Unión Europea actual. Esta solidaridad sólo podrá ser construida sobre la base de una denuncia directa de la UE capitalista, y puede implicar, por esas astucias de la historia, que haya que separarse primero para unirse después, so pena de que la justa bronca anti UE termine dando de comer a los nacionalismos de derecha.

Ya nos hemos detenido sobre los orígenes político-ideológicos de Syriza, así como sobre algunos de los rasgos centrales de su política y las contradicciones que la atraviesan. Veamos ahora algunos aspectos de su orgánica, es decir, de la columna vertebral social que toda organización política debe tener si desea verdaderamente disputar el gobierno de la sociedad.

En este punto, lo primero que hay que decir es que, a primera vista, se trata de una orgánica *débil*. Ya hemos dicho que Syriza no es un partido estructural de la burguesía (aunque las presiones para que se adapte van a ir en aumento), por lo cual ningún sector de la clase dominante local parece por el momento respaldarlo. Visto el desarrollo de los últimos años, esto no es de extrañar.

Pero el problema es que tampoco parece ser una organización fuertemente estructurada entre sectores de la clase trabajadora, el otro gran batallón social. Allí, las direcciones sindicales están aún mayoritariamente en manos del PASOK o de Nueva Democracia. El EEK, aunque más débil electoralmente, goza de una implantación más fuerte entre el proletariado industrial que Syriza, fruto de un trabajo histórico.

Además, como hemos visto, Syriza no tiene como eje la movilización de las masas populares, lo cual podría contrapesar hasta cierto punto su falta de inserción en la clase trabajadora. Sin la voluntad (ni hablar la capacidad) de apoyarse sobre la movilización popular para imponer su programa, la base material de Syriza en tanto que gobierno aparece como muy relativa.

La dirección de Syriza, claro está, no se plantea el problema de cómo avanzar en una construcción orgánica en el proletariado. Su último congreso arroja la cifra de 35.000 militantes, un crecimiento importante respecto de los 14.000 previos a las elecciones, pero no da ninguna idea de su implantación en los lugares de trabajo o de estudio. Más bien, la organización parece estar estructurada de manera territorial-electoral, y los datos sobre su extensión están formulados por localidad y ciudad, no por ámbito de intervención.

Así las cosas, Syriza parece estar constituyéndose según un modelo de tipo barrial, donde lo que unifica a los militantes es la perspectiva electoral, y eventualmente un trabajo social (como la colecta y reparto de alimentos que la crónica del congreso que citamos describe). La política específicamente dirigida a la clase obrera, hacia ganar posiciones en los sindicatos y avanzar en la politización y autoorganización de los trabajadores brilla por su ausencia. De esta

manera, aunque la actividad electoral del partido puede potenciarse al ampliarse a sectores que sólo toman en sus manos esta actividad, estableciendo una relación más "laxa" con la organización, esto a su vez da cuenta de las debilidades de la organización.

Porque experiencias de ese tipo ha habido, incluso, en sectores del trotskismo. En su apogeo, el viejo MAS argentino llegaba a reunir miles de compañeros en los barrios que colaboraban con la actividad electoral (jubilados, amas de casa, trabajadores de pequeñas empresas o estatales), pero que no militaban por una política revolucionaria estructuralmente, en sus frentes de intervención. A su vez, la perspectiva de una construcción orgánica en la clase obrera, así como la militancia de los compañeros trabajadores, quedaba en cierta medida subordinada a la política electoral.

Si tal fue el caso por una organización de la izquierda revolucionaria (con todos los límites y desviaciones oportunistas sobre los que ya hemos escrito), imaginamos que para el caso de Syriza estas contradicciones deben ser aún más fuertes. Porque el problema es que mientras el éxito electoral dura, se puede duplicar rápidamente el número de militantes, pero en la medida en que eso no se traduce orgánicamente, un retroceso electoral o un cambio del clima político pueden rápidamente sumir a esas organizaciones en una grave crisis.

La cuestión que queda planteada es, entonces: ¿cuál es la columna vertebral de Syriza? ¿Sobre qué sector orgánico de la sociedad se apoya? Porque en la medida en que lleguen a convertirse en gobierno, la base material, estructural en la cual apoyarse se transforma en una cuestión central a la hora de poder resistir las presiones de la burguesía y el imperialismo.

Esto nos lleva, finalmente, a las perspectivas de un posible gobierno de Syriza. Aquí entran a jugar todos los factores que hemos desarrollado hasta el momento: la situación política y de la lucha de clases, con sus alcances y límites; el desarrollo de la crisis económica y los márgenes de maniobra; el contexto europeo más en general y, finalmente, el carácter propio de Syriza y su orientación.

¿QUÉ SIGNIFICARÍA UN GOBIERNO DE SYRIZA EN GRECIA?

A partir de las elecciones de mayo de 2012, un gobierno de Syriza (eventualmente con el apoyo de otros partidos) se ha transformado en una posibilidad real. Tal fue el clima que marcó las elecciones de junio de ese año, y que, aunque dieron la victoria a Nueva Democracia, ubicaron a Syriza como principal partido de oposición, y por lo tanto como candidato directo a gobernar.

Luego de años de políticas de austeridad y de la transformación de la socialdemocracia europea en social-liberalismo a secas, garante de de estas políticas, la posibilidad de que gobierne un partido que se proclama contra el memorándum y que *no es lo mismo* que la socialdemocracia tradicional (más allá de orígenes comunes e incluso del pasaje de cuadros del PASOK a Syriza) ha caído como una buena noticia entre amplios sectores del activismo, de la izquierda y sobre todo del propio pueblo griego.

Negar esta realidad, que la votación y la simpatía hacia Syriza son un signo *progresivo*, sería propio de un sectario incurable. Es el reflejo de un avance en la conciencia política de las masas, que comienzan a cuestionar el relato monolítico de la “austeridad” como única salida. Pero también es un problema cerrar los ojos frente a los enormes límites y contradicciones que eso encierra, defendiendo una posición objetivista según la cual, más allá del atraso subjetivo, una victoria de Syriza sería más o menos el comienzo de la revolución en Grecia.

Se trata, sobre todo, de la posición de la dirección del Secretariado Unificado (no así de algunos sectores, como su propia sección griega), que resucitando citas aisladas de Trotsky intenta hacer pasar una victoria parlamentaria de Syriza como el comienzo de un gobierno obrero, que abriría la vía a una transformación revolucionaria de la sociedad. Así, se llega a decir lisa y llanamente que “una derrota de Syriza sería una derrota nuestra” (F. Sabado en “Quelques remarques sur la question du gouvernement”, *Inprecor* 592-593), hipotecando seriamente la independencia de los revolucionarios frente a estas formaciones. Todo esto, además, sin realizar el más mínimo balance de su política frente a este tipo de formaciones durante la última década. Pero volveremos sobre esto más adelante.

Comencemos, entonces, por el principio. ¿Qué significa Syriza en el plano de la relación de fuerzas entre las clases, de la representación política de los conflictos sociales? Como ya hemos intentado demostrar, no refleja automáticamente un voto “radicalizado”, en el sentido de ir más allá del sistema político y económico actual, sino más bien un voto progresista, anti austeridad.

Sin embargo, por esto mismo, podría tratarse de la cristalización de nuevas relaciones de fuerza, reflejando esta vez las enormes luchas que el pueblo griego ha dado estos últimos años. La receta unánime de todos los gobiernos y partidos políticos europeos, desde el comienzo de la crisis, ha sido más y más austeridad. En el altar de la crisis económica se han sacrificado ya conquistas históricas de la clase obrera en materia de derechos laborales, acceso a la salud y educación, nivel de vida y demás.

Fuertes luchas se han desarrollado en muchos países europeos, con mayor o menos intensidad, pero sin lograr frenar el curso de austeridad general. Porque, en cierto sentido, las relaciones de fuerza entre las clases necesitan cristalizarse en el plano político, necesitan salir de la mera yuxtaposición de luchas sindicales aisladas (o semicolectivas, como las huelgas generales controladas por la burocracia) para imponer una serie de nuevas coordenadas políticas y sociales.

Para dar ejemplos concretos, las diferentes rebeliones populares latinoamericanas dieron lugar a una serie de gobiernos de centroizquierda, que tuvieron que dar respuesta a una situación donde, como fruto de una irrupción *independiente* de las masas, no se podía seguir gobernando bajo las líneas del capitalismo neoliberal que había sido el modelo unívoco en el continente a partir de la década del 90.

Chávez, Lula, Kirchner y Evo Morales fueron los políticos que mejor supieron leer esta situación, y que se aprestaron a dar una serie de concesiones económicas a las masas (chocando incluso parcialmente con sectores de las clases dominantes locales) como garantía para evitar un desborde mayor, la eventualidad de una verdadera *revolución social*. Tal es la génesis del “nacionalismo burgués” latinoamericano del siglo XXI.

Uno de los grandes límites de la situación europea es que aún no se ha vivido ninguna situación así. Más bien, la reciente victoria aplastante de Merkel ha funcionado como legitimadora de la política burguesa de austeridad. En el Estado Español, luego de años de enormes luchas, las encuestas dan como ganador al PP, que quedaría en una situación frágil, pero de primera minoría, y una recuperación parcial del PSOE. La resistencia a la austeridad tiene grandes dificultades para encontrar una expresión política, lo que impide en cierto sentido abrir un período diferente en la lucha de clases.

Una victoria de Syriza sería, en cierta medida, un avance en este sentido. Porque se trataría, en el país que ha servido más que ninguno como laboratorio de las políticas económicas de la UE, de un rechazo popular a la receta de austeridad frente a la crisis. Dar semejante ejemplo es inaceptable para los jefes de la UE, y de ahí la campaña terrorista que desataron luego de la ronda electoral de mayo 2012, amenazando a los griegos con echarlos del euro y relegarlos de nuevo a ser un país “de segunda”.

Y a pesar de esto, el 27% del pueblo griego votó a Syriza. Se trata, como hemos dicho, de algo enormemente progresivo, en el sentido de que refleja un cambio de ánimo respecto de la situación donde la austeridad parece el único camino posible. Una expresión de esto es que la victoria de Samaras no logró desmovilizar a la clase trabajadora griega, que protagonizó desde entonces grandes luchas como las de ERT o los trabajadores administrativos de las Universidades, que ya hemos comentado.

He aquí, entonces, lo que una victoria de Syriza podría reflejar a nivel de las relaciones de fuerza entre las clases, lo cual podría tener un efecto contagio en la medida en que la política económica de la UE deja de ser una “fatalidad”. Sin embargo, esto mismo debe ser relativizado, amén de que lo que la gente vota (es decir, lo que una votación refleja como termómetro de la conciencia política) no se traduce automáticamente a lo que esos partidos hacen (y están en capacidad de hacer) en el gobierno. Pero veamos primero los contrapesos, para analizar luego las perspectivas concretas de un gobierno de Syriza.

Decimos que debe ser relativizado, en primer lugar, porque todo parece anunciar que una victoria de Syriza sería el resultado simplemente de una elección parlamentaria. Esto no quita lo que venimos de decir en cuanto al avance de la conciencia política, pero significa a la vez que el sistema político como tal se encontrará más preservado, y por otro lado que Syriza tendría más margen de maniobra respecto de su base.

Por el momento, el gobierno de Samaras aparece enormemente debilitado: apenas el 30% de los votos (42% si contamos al PASOK, que lo apoya), una mayoría muy ajustada de 154 diputados en una cámara de 300, y presionado

a nivel interno por las luchas y a nivel externo por la burguesía europea, que no piensa dar el brazo a torcer. Sin embargo, por el momento no parece que vaya a caer como fruto de la movilización, sobre todo considerando que Syriza se dedica a ser una “oposición parlamentaria” y nada más, esperando pacientemente que las próximas elecciones lo lleven al gobierno, ya que el paso del tiempo sólo desgasta a Samaras.

Es cierto que ante la eventualidad de una derrota en las elecciones europeas de mayo de 2014, el gobierno podría estar tan deslegitimado como para verse obligado a llamar a elecciones anticipadas. Sin embargo, la disolución del parlamento es una herramienta que ha sido utilizada ya varias veces a lo largo de la crisis (tanto en Grecia como en otros países europeos), y cuyo objetivo es justamente preservar al conjunto del régimen político. Se trata, precisamente, de un fusible a utilizar para evitar una caída desordenada del gobierno como fruto de una movilización popular.

Se trataría, en ese caso (por supuesto, una caída de Samaras como fruto de una irrupción popular cambiaría el escenario) de una situación muy diferente, y cualitativamente menos radicalizada, de la que se vivió en Latinoamérica a partir del comienzo de este siglo (e incluso, de la que se vive en Medio Oriente, donde hay situaciones lisa y llanamente de guerra civil). Porque una salida ordenada, parlamentaria, del partido gobernante, refleja un grado de estabilidad mayor que el que se vivió en Latinoamérica.

En Argentina, por ejemplo, la caída de De la Rúa en 2001 fue el fruto de una irrupción popular, que sumió al conjunto del sistema político en una profunda crisis, signada por el “Que se vayan todos” y la aparición de organizaciones independientes como las asambleas populares y los movimientos de desocupados. A su vez, aunque el kirchnerismo logró en gran medida sanar las heridas del sistema político, la UCR, partido histórico de la burguesía argentina, aún no se ha recuperado, lo cual plantea serios límites al restablecimiento de un bipartidismo más clásico y estable en el país.

En Bolivia, las rebeliones de 2003 y 2005 hicieron caer a dos presidentes, Sánchez de Losada y Mesa, en medio de represiones brutales en las que intervinieron las Fuerzas Armadas, y llevaron al poder a alguien que había sido dirigente de uno de los movimientos populares más importantes de las últimas décadas, el de los cocaleros, y que además es aymara, en un país donde los pueblos originarios constituyen la mayoría de la población.

Decimos esto porque el tipo de transición que lleva al poder a este tipo de organizaciones tiene una importancia fundamental a la hora de constituir las nuevas coordenadas sociales y políticas. Es decir, el reemplazo de Samaras por Tsipras como simple consecuencia del juego parlamentario tendría sin dudas un impacto importante, pero mucho menos que si se tratara de una verdadera rebelión popular la que desalojara a los ajustadores del gobierno.

Porque, en definitiva, el parlamento quedaría como la forma por excelencia de la política, y la democracia burguesa como la única forma de democracia. En este sentido, seguiría siendo el lugar universal de resolución de los conflictos sociales, en detrimento de organizaciones independientes surgidas

desde abajo, de la acción directa y de la autoorganización, que son condiciones indispensables para que la situación política *se radicalice en un sentido revolucionario*.

Pero además, esto sería problemático en el sentido de que dejaría al gobierno de Tsipras con un margen de maniobra mucho mayor respecto de sus bases. Porque, justamente, lo propio de la democracia representativa es que uno vota y después los "líderes" se ocupan. Y en la medida en que esto no se pone en cuestión, lo "normal" de la democracia burguesa es que son los "representantes" los que deciden.

Diferente sería el caso de una caída por la movilización del gobierno, con desarrollo de organizaciones independientes, ya que eso multiplica las vías de presión hacia el gobierno, que se desarrollan en gran medida por vías no institucionales, yendo más allá de los canales clásicos de la democracia burguesa. Tal es el caso de los gobiernos con una base popular, donde, a la vez que esto les da una fortaleza, también significa una presión en el sentido de que tienen que satisfacer una serie de reivindicaciones.

Esto nos lleva a otra cuestión, porque si las presiones por abajo tendrán problemas para expresarse, en cambio, el peso de las instituciones burguesas y de la clase dominante europea sobre un gobierno de Syriza sería *brutal*. Porque, como ya hemos dicho, una de las cuestiones esenciales a la hora de asumir un gobierno es sobre qué sector social se apoya, de qué clase o fracción de clase emana su capacidad de arbitraje y de hacer frente a la resistencia de otros sectores.

Retomando una vez más el ejemplo de Latinoamérica⁸ en los últimos años, los diferentes gobiernos tenían puntos de apoyo estructurales fuertes, que le permitieron erigirse en árbitros (relativamente) frente a la burguesía nacional y sectores del imperialismo. Evo Morales, como ya dijimos, era dirigente de movimientos populares. El kirchnerismo se apoyó sobre el aparato del Partido Justicialista, con su control sobre los sindicatos y su red de clientelismo. El chavismo dirigía nada menos que las Fuerzas Armadas. Así, esto les dio espalda suficiente para pilotear la situación interna y frente a las economías centrales.⁹ En ese sentido, nos volvemos a preguntar: ¿cuál es la sustancia de Syriza, cuál es su columna vertebral? Como ya hemos visto, no dirige a la clase obrera, mayoritariamente en manos del PASOK, y donde incluso el KKE

8. Nuestra comparación permanente con el ejemplo latinoamericano no se debe a un "regional-trotskismo", sino a que, además de que se trata de la experiencia que nos ha tocado vivir más directamente y de la que hemos extraído más enseñanzas, desde el punto de vista objetivo América del Sur ha vivido parte de las experiencias más avanzadas en la lucha de clases en la última década, con rasgos que es lícito intentar generalizar.

9. Parte de la capacidad de arbitraje de estos gobiernos se vio favorecida por el desprestigio relativo de sectores del imperialismo, como los desastres militares yanquis en el caso del chavismo. De manera mucho más reciente, la estatización de YPF por parte del gobierno kirchnerista (aunque, como era de esperarse, haya indemnizado a Repsol), se apoya en la decadencia económica y política de España en los últimos años.

le saca ventaja. Tampoco parece tener influencia sobre las Fuerzas Armadas, de tendencia más bien derechista (recordemos el golpe de estado de 1967, así como las aventuras militares imperialistas frente a Turquía): el propio Papandreu se vio obligado a desplazar a la cúpula de las Fuerzas Armadas, que se negaban a los recortes previstos en el sector, aun cuando el PASOK es un partido mucho más orgánico que Syriza.

En tanto que partido electoral, Syriza se encuentra en un problema importante. Incluso más allá de la influencia sobre la clase trabajadora, los partidos socialdemócratas son aceitadas maquinarias electorales, con decenas y cientos de cargos nacionales y locales, un sistema clientelar, financiamiento y apoyo orgánico de la burguesía. Syriza, con sus sorprendentes 35.000 miembros, está a años luz de esto. El problema de su base social y orgánica es algo que se plantearía agudamente en caso de que accediera al poder.

De alguna manera, ya tuvimos una anticipación de esto en el período entre ambas elecciones en 2012. En ese momento, Syriza retrocedió cada vez más frente a las presiones del establishment europeo y mundial. De la “anulación del memorándum” se pasó a la “renegociación”, de las bravuconadas frente a la Unión Europea a prometer que “mantendrían a Grecia en la eurozona”.

¿Cuál sería la capacidad de resistir a las presiones de la burguesía europea de un gobierno que no tiene una estructuración orgánica, y que además se niega a movilizar a las masas? Lamentablemente para Tsipras, no son los “grandes negociadores” los que logran imponer un cambio en el rumbo económico y político, sino la lucha de clases y su radicalización. ¿Por qué Syriza tendría más chances de obtener una renegociación beneficiosa para Grecia que el PASOK o Nueva Democracia, partidos orgánicos de la burguesía y el sistema parlamentario heleno?

Porque a esto se suma la negativa de Syriza a romper con el euro, que no es solamente fruto de la presión de la UE, sino patrimonio de una concepción política que considera a la UE como un avance que se debe defender a toda costa. Pero, como ya hemos dicho –y como cualquier analista económico serio defiende–, sin una moneda propia, los márgenes de maniobra son casi nulos en el terreno económico, y el gobierno de Syriza se vería obligado a llevar adelante los planes de austeridad, aunque tal vez con una capa de pintura rosa.

Se ha intentado argumentar, de manera objetivista, que frente a esta disyuntiva Syriza se vería “obligado” a romper con el euro y abrir así un desarrollo más radicalizado, e incluso anticapitalista. Ni la experiencia de Syriza ni la experiencia de gobiernos de signo similar en las últimas décadas dejan suponer esto. La formación de Alexis Tsipras ya ha pasado la primera prueba de manera satisfactoria para la UE: jura una y otra vez lealtad al euro.

Nada hace suponer que una vez en el gobierno, bajo las presiones multiplicadas de la burguesía helena y europea, y probablemente una menor presión desde abajo (ya que las victorias electorales de este tipo generan una expectativa en las masas que las saca de las calles al menos por un tiempo), Syriza se radicalizaría, cuando ya ha dado marcha atrás. No hay peor ciego que el que

no quiere ver, y lo que salta a los ojos es la que formación de Tsipras emprendió el camino de presentarse como “capaz de gobernar” el incendio griego de cara al establishment mundial.

En definitiva, mantenerse en la zona euro significa necesariamente seguir pagando los costos de la crisis, y para llevar esto adelante, la primera tarea es controlar la situación en Grecia y *evitar que se vaya más allá*. Para afrontar esta tarea (aunque leyendo el rechazo popular al memorándum y actuando en consecuencia) es que se candidatea Syriza frente a la burguesía internacional.

No se trata sólo de su “inspiración” en el progresismo latinoamericano, cuya tarea histórica fue contener las rebeliones populares de comienzo de este siglo. En sus columnas y entrevistas en la prensa internacional, Tsipras repite una y otra vez que es el único capaz de “controlar la situación”. Así, en su columna para el *Financial Times* que citamos previamente, señala que “sólo Syriza puede garantizar la estabilidad, porque no carga con el peso de los partidos tradicionales”. Su proyecto económico tendría como objetivo alcanzar una “estabilidad fiscal pragmática y socialmente justa (!)”.

La característica esencial de este tipo de gobiernos es justamente *cambiar algo para que no cambie nada*. Porque la perspectiva parlamentarista, la idea de que las fronteras entre reforma y revolución “ya no son de actualidad”, la contradicción insalvable de mantenerse en la zona euro rechazando los planes de ajustes; en definitiva, la idea de que un “capitalismo con rostro humano” (o en el mejor de los casos, el falso “socialismo del siglo XXI”) es posible, llevan a mantenerse dentro de las fronteras del sistema, y en este sistema, el que manda es el patrón, y su motor, la ganancia.

De ahí que los “nacionalismos burgueses” de Latinoamérica no hayan modificado un milímetro las relaciones sociales capitalistas de esos países, sino que llevaron adelante una reconfiguración del capitalismo nacional en favor de ciertos sectores amigos, con concesiones materiales a las masas. Pero una vez terminado el ciclo económico ascendente, los que pagan los platos rotos son siempre los mismos: los trabajadores y el pueblo.

No se trata, por supuesto, de un problema moral o de honestidad de Tsipras y su pandilla, sino de la lógica misma de las cosas: sin una perspectiva verdaderamente revolucionaria y socialista, sólo pueden dedicarse a una “gestión progresista” de la crisis capitalista. Es el caso, por ejemplo, del gobierno de Izquierda Unida en Andalucía (en conjunto con el PSOE), que lleva adelante el ajuste como en el resto del Estado Español. Claro que el argumento de IU es que “no tienen otra opción”, pero si no la tienen es porque su intervención se limita al reformismo a través del Estado capitalista.

Es el mismo caso de las formaciones de centroizquierda europeas no socialdemócratas que surgieron en los últimos años en Europa, como el Bloco de Esquerda portugués, Rifondazione Comunista en Italia o el Front de Gauche en Francia. De una u otra manera, todas esas organizaciones se vieron arrastradas por la lógica misma de la gobernabilidad burguesa: la primera votando el paquete de rescate al pueblo griego (lo que implicaba las medidas de ajuste), el segundo apoyando al gobierno de Prodi entre 1996 y 1998, y el tercero en

una política de apoyo crítico al PS social-liberal, esperando formar parte de una nueva “mayoría de izquierda” con el mismo.

¿Por qué un gobierno de Tsipras abriría el camino de la revolución allí donde los gobiernos latinoamericanos y las formaciones europeas similares se hundieron en el pantano del “capitalismo social”? No hemos por ahora encontrado ningún argumento convincente en este sentido, sobre todo porque tampoco hemos leído ningún balance crítico serio de las experiencias europeas de la última década.

Una vez más, salen a flote las argumentaciones objetivistas de siempre: no importa que Syriza sea reformista, no importa que no haya organizaciones revolucionarias, porque el empuje de las masas va a solucionar todo, obligando a estas direcciones a “ir más allá”. Una vez más, toda la experiencia histórica reciente contradice este tipo de afirmaciones: lo que se ha confirmado, por el contrario, es que en la ausencia de organizaciones revolucionarias y de una verdadera conciencia socialista y organismos propios, son las corrientes reformistas las que obligan a las masas a “no ir más allá”, desarmándolas y garantizando la estabilidad del sistema capitalista.¹⁰

La clave está, entonces, en la maduración de las condiciones subjetivas, del desarrollo de la conciencia socialista entre la clase obrera, así como de su organización independiente y desde abajo. Ésa es la condición necesaria para evitar que una eventual traición de Syriza signifique una desmoralización para el movimiento obrero y la izquierda, abriendo el camino a una respuesta reaccionaria a la crisis política y social.

Justamente, una de las perspectivas del gobierno de Syriza es que sea la ocasión para que la clase trabajadora haga la experiencia con una alternativa “progresista” pro euro. De alguna manera, se trataría de una etapa “ineludible” en el aprendizaje político de los trabajadores, que no sacan las conclusiones gracias a las “profecías” de la izquierda, sino gracias a sus propias condiciones materiales de existencia, sus luchas y también sus decepciones. Se trata, en algún sentido, del aprovechamiento que la izquierda revolucionaria está empezando a hacer de la crisis de gobiernos como el de los Kirchner en Argentina.

La cuestión, es, entonces, que si el último fusible que la burguesía pone en juego salta, ¿cuál es la alternativa? En ese sentido, estaríamos en un período intermedio, de preparación de los combates por venir, y un gobierno de Syriza podría funcionar justamente como el punto de partida de una experiencia más profunda con el reformismo, con los límites de la democracia burguesa y de la capacidad de los “líderes” para resolver la situación.

10. No nos extenderemos aquí sobre esto: nuestra corriente ha elaborado ampliamente al respecto. Recomendamos artículos sobre Latinoamérica (“Tras las huellas del socialismo nacional”, SoB 21, “Nacionalismo burgués y frentepopulismo en América Latina”, SoB 20), así como, de manera más general, los artículos “Crítica a la concepción de las revoluciones ‘socialistas objetivas’” y “Las revoluciones de la segunda posguerra y el movimiento trotskista”, en SoB 17/18.

Ésta es nuestra apuesta como organización revolucionaria, aunque somos plenamente conscientes de que no es algo que esté ganado de antemano. Ante la ausencia de alternativas por izquierda, la decepción con el reformismo puede abrir la puerta a opciones patronales de derecha, como ocurre con Capriles en Venezuela, y como podría ser, de manera más aguda aún, el resurgimiento de corrientes fascistas en Europa. Por eso, de lo que se trata es de dar la pelea por la conciencia de los trabajadores, de ofrecer un análisis y una perspectiva a la situación política planteada, de alertar a cada paso frente a los límites de la situación y de las organizaciones políticas en las que las propias masas populares depositan su confianza.

Pero para poder dar esta pelea por la conciencia, es esencial la construcción de organizaciones revolucionarias independientes que puedan pesar en la situación, alertando y combatiendo todos los retrocesos del reformismo, a la vez que se mantiene una política de exigencia desde abajo para construir las luchas contra la austeridad.

Defenderemos ahora la idea de que la independencia política y organizativa de los revolucionarios es una condición *sine qua non* para construir una perspectiva verdaderamente socialista, apoyándonos en la experiencia de la extrema izquierda frente a este tipo de formaciones en las últimas décadas. Además, avanzaremos algunos puntos que consideramos centrales en la formulación de una política revolucionaria para Grecia.

5. Por una política revolucionaria independiente

Tales son para nosotros las coordenadas en las que hay que situarse para la formulación de una política revolucionaria en Grecia. A partir de la perspectiva de que no se trata en lo inmediato de una situación abiertamente revolucionaria, por los límites que venimos de analizar, de lo que se trata es precisamente de saber cómo avanzar para superar esos límites.

La ausencia de condiciones verdaderamente revolucionarias en Grecia es una caracterización que comparte la mayoría de las organizaciones del trotskismo a nivel internacional.¹¹ La divisoria de aguas es la actitud a adoptar frente a Syriza, que se ha transformado en un actor ineludible de la política griega.

No volveremos aquí sobre las perspectivas de un gobierno de Syriza, que acabamos de analizar, y que muestran claramente que toda esperanza en un giro “revolucionario” de esa formación no es más que una quimera. Las corrientes objetivistas que consideran que Syriza se verá obligada a romper con la UE y a tomar medidas de tipo anticapitalista harían bien en revisar la expe-

11. En el caso del Secretariado Unificado, la ponderación de los límites del período aparece exagerada, ya que para esa organización la situación actual aparece casi como una continuidad del desierto neoliberal de los años 90, sin comprender que, con sus problemas, estamos frente a un *recomienzo histórico* y un ciclo de acumulación de parte de la izquierda.

riencia latinoamericana, donde todos los gobiernos de centroizquierda, “obligados por las circunstancias”, han elegido unívocamente la vía del ajuste.

Lo que nos interesa señalar son los límites de la noción de que sería posible “cambiar Syriza desde adentro”, trabajar como una especie de “consejeros de izquierda” de la dirección reformista, con la esperanza de cambiar el rumbo del conjunto de la formación. Es más bien éste el argumento utilizado: “Sabemos que Synaspismos es reformista, pero los vamos a convencer”, o bien “a ganar la dirección de Syriza”.

Esta idea ha llevado a un sector de la izquierda a defender la participación dentro de Syriza, con la perspectiva de influir en su política a través de los debates internos. Se trata sobre todo del Secretariado Unificado, que, aunque su sección oficial, la OKDE-Espartaco, participa de Antarsya, ha establecido lazos con Kokkino (formación que participa en Syriza y es “observadora” en el SU), y publica más a menudo artículos de DEA (otra organización trotskista al interior de Syriza, sin lazos formales con el SU) que de sus propias camaradas griegas.

No se trata de la primera vez que estos argumentos y esta política son llevadas adelante. Por eso, en vez de volver 80 años atrás para desempolvar citas sacadas de contexto en defensa de su política¹², sería mucho más útil (y honesto) pasar en limpio el balance de la política llevada adelante en la última década, que llevó a catástrofe tras catástrofe. No realizaremos un análisis pormenorizado de la política de “partidos amplios”, lo cual requeriría un artículo específico, sino un racconto breve de ciertas experiencias recientes que tienen puntos en común con la situación de Syriza.

Así, en los albores del siglo XXI, los gobiernos de centroizquierda de América Latina eran considerados por el SU como “debiendo elegir entre el neoliberalismo y la satisfacción de las necesidades populares”.¹³ Así, para lograr que “elijan bien”, se trataba de construir corrientes internas en esos partidos. El caso más importante fue el de Democracia Socialista, sección del SU en Brasil y segunda organización más importante de esa corriente internacional, tanto por el peso de DS como por el grado de su desubicación.

Democracia Socialista se propuso, entonces, intervenir en el PT de Lula para influir positivamente en su curso. Claro que las cosas tienen su propia lógica, y cuando se es parte de un partido de gobierno, no se pueden llevar adelante las mismas fórmulas “izquierdistas” de siempre. Así, en “Tesis para una actualización del programa del PT”, del dirigente de DS Raúl Pont, se sostenía que “como

12. Es el caso de François Sabado, del SU, que estructura un artículo entero en defensa de la intervención dentro de Syriza alrededor de una cita de Trotsky de los años 30, que sostiene que “un gobierno obrero puede resultar de un ‘comienzo parlamentario de la revolución’”. De las diferencias abismales entre la situación revolucionaria de los años 30, bajo el impulso de la revolución bolchevique, y la situación actual, ni una palabra (F. Sabado: “Quelques remarques sur la question du gouvernement”, *Inprecor* 592-593).

13. Las citas del SU son reproducidas de “Una polémica con el Secretariado Unificado”, de Marcelo Yunes, en SoB 17/18, donde se realiza un debate más profundo sobre la caracterización de Latinoamérica y el mundo en ese momento y la política del SU para el continente.

eje de un *programa democrático y popular*, nuestra propuesta debe ser *mucho más limitada*: desarrollar todas las formas de autoorganización popular y de *control social sobre el Estado y el mercado*". Pont terminó siendo ministro de Agricultura del gobierno de Lula, llegando a defender como tal la represión a campesinos del Movimiento Sin Tierra. Democracia Socialista dejó de ser parte del SU sin pena ni gloria, y sin un debate a fondo de esta experiencia.

Algo similar ocurrió con Venezuela, donde el SU vio en el chavismo nuevamente un gobierno de "sexo indefinido", en "disputa", que aparecía como el comienzo de la revolución socialista. Aunque el SU no tiene sección venezolana, la política de la corriente del MST argentino (que ha comenzado un proceso de confluencia con el SU) en ese país fue similar a la de DS en Brasil. Marea Socialista, corriente interna del PSUV, defendió durante años la posibilidad de "cambiar el rumbo del chavismo". A diferencia de DS, lo que caracteriza a esta corriente no es una integración al Estado capitalista, sino la marginalidad pasmosa en un partido donde todo se decide de manera bonapartista, y la incapacidad de dar respuesta a un chavismo que "siguió su rumbo" de devaluación del bolívar, represión a las luchas obreras y enriquecimiento de la "boliburguesía" ligada al aparato militar.

En el caso de Europa, las consecuencias son de menor amplitud, ya que ninguno de los "partidos amplios" ha llegado a ser gobierno. Sin embargo, la presión del Estado capitalista los ha llevado a las capitulaciones políticas que ya describimos. A esto se suma el hecho de que, por ejemplo, la sección portuguesa del SU viene de disolverse en el Bloco de Esquerda, y la sección italiana ha sufrido una ruptura en torno a debates sobre el tipo de organización a construir.

La cuestión es, entonces, que en un partido burgués *los que mandan son los jefes*. Aun si tuviera el régimen interno más democrático del planeta, el que se pasea por los medios nacionales e internacionales es Tsipras, que ha salido a declarar alegremente (sin que ninguna instancia interna de su partido lo habilitara) que mantendría a Grecia en la UE. Ante un eventual gobierno de Syriza, los cientos (miles, si somos optimistas) de militantes trotskistas ¿van a pesar más que la burguesía nacional y europea, el Fondo Monetario Internacional, el ejército, etc.? Cifrar todas las esperanzas de una organización militante en el parlamentarismo interno de una organización reformista es un crimen idealista, porque de lo que se trata es de organizar de manera independiente a la clase obrera para poder pesar en la situación, aun frente a un gobierno de Syriza.

La segunda conclusión es que no es tan simple como "apoyar, y si llegan a traicionar, salir". Porque la política tiene su propia lógica, y la rutina militante de ala izquierda de los reformistas, así como las propias presiones que la "gobernabilidad" capitalista ejerce, son algo que no puede borrarse con un golpe de timón. Esto es lo que explica las rupturas que sufrieron estas formaciones: ¿o acaso el SU pretendía que Raúl Pont pasara de ministro de Agricultura a simple militante sindical de la noche a la mañana?

El segundo problema es que las posiciones políticas tienen su costo. Es decir, no se puede durante años augurar que los gobiernos van a "definirse", que son la expresión de un "socialismo del siglo XXI", que es el "comienzo par-

lamentario de la revolución”, para dar un giro de 180° una vez que muestran su verdadera cara y se enfrentan de manera directa a la clase trabajadora. Crear expectativas en un eventual giro a la izquierda de estas formaciones reformistas es algo que no se puede borrar con el codo para recomenzar de cero con la construcción de organizaciones revolucionarias.

Por estas razones, el primer punto para nosotros, que ordena toda la discusión sobre una política revolucionaria en Grecia, es la necesidad de *construir una organización revolucionaria independiente de los reformistas*, que se estructure orgánicamente en la clase obrera y dé la pelea por su elevación política, en la perspectiva de que pueda pesar por sí misma en la evolución política. Porque, una vez identificados los límites del período, de lo que se trata es de preparar las condiciones para superar esos límites.

Esto es lo que, sin duda alguna, Syriza se niega a hacer. Porque frente al imperio de la democracia burguesa, Tsipras se dedica a decir que lo que necesitan los griegos son “líderes que sepan utilizar la bronca del pueblo para negociar”, es decir, buenos parlamentarios, diplomáticos, jefes de Estado, pero ni una pizca de organización desde abajo, de democracia obrera, de control real y directo sobre el aparato productivo, de que los trabajadores tomen en sus manos su propio destino. Al contrario, como ya hemos dicho, han garantizado que no llamarían a los trabajadores a movilizarse, sino que su objetivo era constituir una oposición parlamentaria seria.

Frente a la UE, verdadero chaleco de fuerza que pesa sobre los trabajadores griegos, Syriza se encarga de jurar fidelidad a la moneda común y de reducir la resistencia del pueblo griego a una simple “renegociación” del ajuste, que es lo que todos los gobiernos burgueses hasta la fecha (con un mínimo instinto de supervivencia) han intentado hacer. ¿Lo único que tiene para ofrecer Syriza son mejores negociadores? Tenemos nuestras dudas de que el carisma de Tsipras sea suficiente para torcerle el brazo a la burguesía europea.

En cuanto a la burocracia sindical, otro de los diques de contención centrales del período, ya hemos visto que Syriza no ofrece ninguna alternativa. De manera indirecta, porque no se plantea como objetivo estructurarse en la clase obrera y disputar la dirección de los sindicatos, y de manera directa, porque su parlamentarismo abyecto la ha llevado a oponerse a ciertas luchas, como la huelga que los docentes de secundaria votaron masivamente en mayo de 2013, sólo para que la burocracia sindical la desconvocara.

Lo mismo sucede respecto de lo que hemos llamado “crisis de alternativa socialista”. Esto refiere al hecho de que, aun cuando el capitalismo aparece desprestigiado y sectores importantes de la población rechazan cada vez más este sistema, el desastre de la Unión Soviética y los mal llamados “socialismos” impiden la construcción de una alternativa que pueda ir más allá del sistema actual. ¿Cuál es, en este contexto, el modelo que propone Syriza? Como ya hemos visto, se trata de un “capitalismo de rostro humano” al estilo latinoamericano, es decir, de una redistribución del ingreso un poco más favorable a los sectores populares, pero sin poner en cuestión en lo más mínimo el sistema de explotación dominante. Esto significa, por un lado, que más allá de las refor-

mas cosméticas, todas las taras del capitalismo (explotación, pobreza, desigualdad social, etc.) siguen existiendo. Pero además, que “cuando las papas queman”, la solución es siempre la misma: son los trabajadores y los sectores populares los que pagan. En el contexto de la crisis económica internacional, este modelo aparece como aún más irrealizable.

La construcción de una política revolucionaria en Grecia pasa, entonces, por dar respuesta a estos grandes problemas que funcionan hoy como obstáculos para que la situación avance en un sentido revolucionario: la democracia burguesa, la Unión Europea, el dominio de la burocracia y la crisis de alternativa socialista. Intentaremos entonces dar algunos ejes generales alrededor de los cuales formular una política revolucionaria hoy en Grecia, sabiendo que tenemos una visión exterior, que no estamos en el país y que por lo tanto se trata de aproximaciones, que deberemos verificar en el futuro.

Empecemos, entonces, por la cuestión que, aunque por el momento ha pasado a un segundo plano, estuvo en el centro de la discusión política, y que sin duda volverá a estarlo. Se trata de la posición frente a la UE y el euro, que funciona como divisoria de aguas tanto al interior de la política griega como dentro de la izquierda revolucionaria a nivel internacional. En este plano, nuestra posición, que hemos argumentado ya ampliamente, es *una ruptura anticapitalista de la UE y el euro*.

Esta cuestión tiene varias aristas. En primer lugar, lo que hay que destacar es que la UE funciona como un mecanismo al servicio de las burguesías dominantes, centralmente Alemania y Francia, que se han beneficiado de la unión monetaria y aduanera para competir en relaciones más favorables con economías débiles como las de Grecia, Portugal y en menor medida España e Italia. Así, la moneda común *igualada de manera artificial* desarrollos económicos enormemente desiguales, lo que implica una suerte de “transferencia” de las economías débiles hacia las fuertes. Además, la deuda soberana de las naciones “periféricas” está en manos principalmente de bancos franceses y alemanes, que desplegaron un manantial de crédito barato hacia esas economías luego de su entrada a la eurozona, y que hoy están decididos a cobrar la factura de la “fiesta” de la última década.

Así, tras el relato de la “Europa solidaria”, lo que se esconde es un mecanismo de dominación, con países de primera y de segunda, donde son las potencias centrales las que deciden la suerte de miles de trabajadores griegos, españoles o italianos. Es esta farsa de la Europa de los iguales la que sirve como sustento ideológico a la austeridad, donde los vagos del Sur deben ponerse a tono con los austeros y trabajadores países del Norte para poder seguir con el proyecto común. Como ya hemos visto, la promesa de un “ascenso social” de conjunto, que se reflejó efectivamente en un aumento del nivel de vida ligado al crédito barato, refuerza la dominación de la unión monetaria.

Sin embargo, este relato se encuentra cada vez más cuestionado. Porque lo que los trabajadores de las naciones periféricas ven es que la única perspectiva que la UE ofrece es más y más austeridad, que sus propios gobiernos no son más que títeres de Bruselas, que la “luz al final del túnel” tarda cada vez más

en aparecer. Esta brecha es la que permite desarrollar una alternativa de izquierda a la Unión Europea, señalando claramente que la solidaridad entre los pueblos de Europa se encuentra justamente en las antípodas de este modelo jerárquico y opresor de la UE.

El problema es que la traición de la “izquierda” social-liberal y la sumisión a la UE de los sectores reformistas de izquierda, como Syriza o el Front de Gauche (e incluso de sectores de la extrema izquierda), dejan esta bandera exclusivamente a la extrema derecha, que la explota, claro está, en un sentido xenófobo y racista, además de capitalista. Es decir que en parte el discurso nacionalista hace pie sobre la base de un legítimo repudio de la UE del ajuste y la austeridad, y lo logra en cierta medida porque es el único sector que se opone de manera clara a la UE. Esto es lo que explica la paradoja de que un partido capitalista hasta la médula, racista y xenófobo como el Front National francés aparezca como “antisistema”: efectivamente su discurso es anti UE, lo que lo diferencia del conjunto del arco burgués (y de sectores a izquierda), aunque por derecha.

Estas dos circunstancias –el crecimiento de un legítimo desprestigio de la UE, y la necesidad de impedir la utilización nacionalista de este desprestigio–, hacen más que nunca necesario que la izquierda tome en sus manos las banderas contra la UE de la austeridad, en el marco del análisis que realizamos anteriormente. En ocasión de la votación de la constitución europea en 2005, en Francia se constituyó, frente al “No” nacionalista de Le Pen y el Front National, el llamado “No de izquierda”, impulsado por Melenchon y la extrema izquierda. Esto permitió delimitarse de la solución nacionalista del FN, y fue lo que catapultó a Melenchon al estrellato. Hoy en día, un “No de izquierda” anticapitalista e internacionalista es fundamental.

Esto significa defender la ruptura con la UE y con el euro, que es el único camino para que las economías periféricas rompan el chaleco de fuerza de la austeridad y tengan un mínimo de soberanía económica que les permita mejorar su situación. Pero para que la ruptura no implique una devaluación que caiga sobre las espaldas de los trabajadores, debe estar acompañada de una serie de medidas anticapitalistas, como la nacionalización de la banca y del comercio exterior, así como de los sectores claves de la producción. Es la única manera de diferenciarse claramente de los sectores burgueses nacionalistas, que defienden la ruptura con el euro, pero para replegarse sobre sí mismos, y combinados con un discurso xenófobo que enfrenta a los trabajadores de los distintos países.

Por esta última razón, la denuncia a la UE debe estar acompañada de una política internacionalista que apunte a ligar a los trabajadores de los diferentes países. Así, de lo que se trata es de romper el discurso de la UE como única encarnación de la “Europa solidaria” (que sólo es solidaria cuando se trata de defender los intereses capitalistas), y demostrar que la única manera de tejer lazos de hermandad entre los pueblos es a través de la solidaridad efectiva, desde abajo, de los trabajadores en lucha. Este tipo de lazos son los que permitirán, en el futuro, poner en el orden del día, de la mano de una lucha de

clases más radicalizada, la perspectiva de los Estados Unidos Socialistas de Europa, como síntesis de una Europa de los trabajadores, que signifique el fin de la UE del capital y de la austeridad. Pero, como ya hemos señalado, es muy probable que, dialécticamente, haya que separarse primero para poder unirse más firmemente luego.

El segundo punto importante es la pelea contra la burocracia sindical en el movimiento obrero. Se trata de uno de los diques de contención más importantes, que ha trabajado conscientemente desde el comienzo de la crisis para evitar que las luchas obreras se radicalicen. Las jornadas de huelga general dispersas y sin continuidad, que sólo sirven para calmar la bronca desde abajo, pero sin poner verdaderamente en crisis la política de austeridad, son la táctica a la que nos tienen acostumbrados desde hace años. Y eso en el mejor de los casos: las más de las veces se trata lisa y llanamente de hacer pasar el discurso gubernamental y patronal de que no existe alternativa más que aceptar las rebajas de sueldo para impedir despidos, los despidos para impedir rebajas de sueldos, o los dos para impedir el cierre de la empresa. Para los burócratas que viven desde hace años de las subvenciones estatales o patronales, la perspectiva de la expropiación, del control obrero, es el peor enemigo.

A pesar de todas sus traiciones, las corrientes burocráticas siguen siendo ampliamente mayoritarias en el movimiento obrero. Esto es el resultado de la etapa precedente, de grandes derrotas, y del hecho de que aún estamos en los comienzos de una mayor radicalización política y social, que es la base material para que el movimiento obrero se trace nuevas perspectivas. En ese sentido, sería reduccionista creer que se trata simplemente de un problema de "dirección", que las masas quieren hacer la revolución pero un puñado de burócratas logran impedirlo. La apuesta es una reorganización de conjunto del movimiento obrero, en la cual, sobre la base de las luchas presentes, las corrientes antiburocráticas se desarrollen y se conviertan en una verdadera alternativa a las direcciones burocráticas, avanzando al mismo tiempo en una comprensión y una perspectiva política socialistas.

Esto requiere, a la par del trabajo de frente único para enfrentar el ajuste, de una delimitación sistemática de la burocracia sindical. Sectores de la izquierda confunden el frente único con el seguidismo. Pero la esencia misma del frente único es, a la vez de unir fuerzas contra la burguesía, ser una escuela de lucha política, que permita desenmascarar las contradicciones, vacilaciones y traiciones de las direcciones reformistas. Además, hay que rechazar toda visión "diplomática" del frente único: la mayor parte de las veces, la movilización se le arranca a la burocracia como fruto de una organización por abajo, de una denuncia y una pelea sistemática que logran canalizar la bronca de un sector de compañeros. Así, es necesario participar y apoyar el conjunto de las luchas con la perspectiva de llevarlas más allá: trascender la mera movilización pasiva de los trabajadores, el poder absoluto de la "negociación", para desarrollar verdaderas formas de democracia obrera, de organización por abajo, que son la verdadera escuela política de la clase obrera.

La universidad de la clase obrera son las luchas: es allí donde se enfrenta a los diferentes actores políticos (Estado, burocracia, aparato represivo) y saca sus propias conclusiones. Es, además, un momento en el que se rompe con las estructuras mentales esclerosadas, lo cual significa una mayor apertura a las discusiones, y en particular a escuchar a la izquierda. Es por eso que el vuelco a las luchas obreras es una de las tareas esenciales de toda organización revolucionaria, en primer lugar para que la lucha gane, pero sobre todo para que se avance lo máximo posible en la organización independiente de los trabajadores, para que saquen las conclusiones más avanzadas posibles. En el caso de una lucha de clases altamente explosiva como la Grecia, las oportunidades para desarrollar este tipo de actividad son enormes, lo cual es una escuela inigualable para la militancia revolucionaria.

Además, por razones históricas sobre las cuales no podemos detenernos, el trotskismo ha sido casi desde su nacimiento "externo" al grueso del movimiento obrero, dominado por la socialdemocracia o el stalinismo. Esto plantea problemas que los bolcheviques, frente a un movimiento obrero mayormente socialista y en formación, en el cual se disputaban las diferentes tendencias del movimiento socialista, no debieron afrontar. Se trata, lisa y llanamente, de la *estructuración de compañeros* en el movimiento obrero. Porque el apoyo a las luchas, con toda su importancia, es limitado a la hora de hacerse carne con la clase trabajadora. Para lograr una verdadera construcción orgánica, es necesario "fundirse" en cierta medida con los trabajadores: compartir sus mismas condiciones de vida, trabajar en las grandes fábricas, vivir en los barrios obreros. Es por esto que la estructuración orgánica debe ser una de las preocupaciones de las organizaciones revolucionarias. Claro que planteamos esto como principio general, dado que nunca debe ser llevado adelante de manera aventurerista, sacrificando el núcleo de la organización, que se sustenta la mayor parte de las veces en la juventud. Decimos esto porque nuestro desconocimiento de la situación particular de las organizaciones trotskistas griegas nos impide saber categóricamente si es una tarea que pueda ser planteada en lo inmediato, pero nos parece importante destacarla como perspectiva.

Una de las cuestiones que ha tomado una relevancia creciente en los últimos meses es la pelea contra los ataques fascistas y contra la organización neonazi Amanecer Dorado. La catástrofe social a la que la UE ha condenado a Grecia es el caldo de cultivo sobre el que se desarrolla este grupo neonazi: demagogia populista antiinmigrantes, servicios sociales ahí donde el Estado está ausente (reparto de alimentos, centros de salud... sólo para griegos). A eso se suma su ingreso al parlamento, que les ha dado una visibilidad multiplicada. Tales son las bases sobre las cuales esta organización de extrema derecha se ha desarrollado. Se trata de un fenómeno claramente fascista (a diferencia de formaciones de extrema derecha "republicanizadas" de otros países, que pueden sin embargo evolucionar en esa dirección), que se dedica a apalear trabajadores inmigrantes y atacar a militantes de la izquierda, como ocurrió este año contra miembros de PAME, la rama sindical del Partido Comunista. Hay que multiplicar la pelea por aislar políticamente a Amanecer Dorado, cortando

todos los canales que tienen de contacto con la población, peleando por su disolución y organizando la autodefensa de parte del movimiento obrero y de la izquierda.

La tarea aquí es organizar una respuesta antifascista de masas, fuertemente anclada en la clase trabajadora y la juventud, y rechazar todo aventurerismo que se desarrolle de espaldas al movimiento. Las manifestaciones organizadas por los trabajadores inmigrantes fueron todo un éxito y permitieron dejar en evidencia las prácticas fascistas de Amanecer Dorado y la complicidad de la policía. Fue así que, luego del asesinato de Pavlos Fyssas, decenas de miles tomaron las calles contra Amanecer Dorado, confluyendo con la segunda jornada de huelga general, donde las organizaciones sindicales levantaron la pelea antifascista y se logró una de las movilizaciones más importantes de este tipo en los últimos años.

Esta respuesta de masas, que ligó al movimiento antifascista con las peleas del movimiento obrero, fue lo que obligó al gobierno a arrestar a parte de la cúpula de Amanecer Dorado (incluyendo varios parlamentarios) y cortar el financiamiento estatal a ese partido, propinando un duro golpe a esa organización. El asesinato de dos miembros de Amanecer Dorado a partir de una acción aislada ha permitido al gobierno retomar la ofensiva y sacar a reflotar la "teoría de los dos demonios". Correctamente, la izquierda salió a repudiar esta acción, alejada de las peleas del movimiento de masas y realizada a espaldas del mismo. La tarea es, precisamente, desarrollar una amplia actividad política hacia el movimiento estudiantil, de trabajadores y popular, para impulsar una verdadera movilización de masas que permita aislar y liquidar la gangrena fascista.

Nos detendremos ahora en la cuestión de la democracia burguesa. Se trata, como nos hemos esforzado en demostrar, de la vía universal de resolución de los problemas en el período actual: frente a la masacre social que significa la austeridad, de lo que se trataría es de votar una vez cada cuatro o cinco años para ver si el próximo político burgués atina a sacarnos de la crisis. Las expectativas que generan los procesos electorales son importantes, y son hasta ahora el terreno por excelencia en el que se enfrentan las diferentes alternativas frente a la crisis. Por eso, rechazamos toda posición abstencionista, que bajo un discurso radical contra la democracia de los ricos sólo significaría autoexcluirse de un terreno de lucha más (no el principal, claro está) donde defender una política revolucionaria. Un terreno en el que, dado el peso de la democracia burguesa en la actualidad, las grandes masas intervienen y están por lo tanto a la escucha de las diferentes posiciones. Pero, a la vez que se interviene de manera revolucionaria en el terreno electoral, de lo que se trata es precisamente de apuntar a superarlo e impulsar el desarrollo de formas de organización independiente, desde abajo, que reflejen de manera más directa y fiel los intereses de la clase trabajadora.

Este tipo de organizaciones han sido, desde los soviets de 1905 hasta las asambleas populares de Argentina en 2001, la creación de las propias masas populares en lucha, y no han sido "decretadas" por las organizaciones revolu-

cionarias. Pero se trata de apoyar y desarrollar este tipo de iniciativas cuando surgen, y a la vez de mantener una crítica implacable a los límites del sistema parlamentario burgués. En Grecia, esta tarea cobra una importancia particular, no solamente por el desarrollo de la crisis política en ese país, sino porque el principal partido de oposición y que concentra gran parte de las expectativas populares, Syriza, es una organización parlamentarista hasta los tuétanos. En ese sentido, la crítica del parlamentarismo es a su vez la crítica de la perspectiva estratégica de Syriza, que reduce la pelea contra la austeridad a la simple capacidad de los "líderes" a explotar en su favor la cólera de las masas.

Grecia ha vivido ya experiencias de organización desde abajo: las asambleas durante el movimiento de ocupación de plazas, organizaciones populares en los barrios, organización desde abajo en las huelgas, como la de profesores de secundaria. Las organizaciones revolucionarias deben defender la idea de que éstas son las verdaderas expresiones de la representación popular, y no un parlamento votado cada cuatro años que gobierna a espaldas de los trabajadores y bajo la bota de la troika. Además, la pelea pasa también por sostener que ésa es la síntesis más avanzada de la actividad política, el tomar en sus propias manos nuestro destino, y no ir a votar y dejar que los "representantes" se encarguen. Cada organismo independiente que se crea es, una vez más, una escuela política para la clase trabajadora, que empieza a comprender que tiene la capacidad de organizar al conjunto de la sociedad.

Finalmente, se trata de defender la perspectiva socialista como la única solución a la crisis capitalista y la miseria que el sistema engendra. Esto parece una verdad de Perogrullo para organizaciones que se reconocen como socialistas, pero la aparición de todo tipo de "atajos históricos" que están en boga merece remarcarlo. Hacemos referencia aquí a fórmulas diversas y variadas como el "socialismo del siglo XXI", la "democracia participativa" a la que hacía referencia Democracia Socialista, el gobierno "antiausteridad" que defiende la dirección mayoritaria del NPA francés, o las ilusiones que se generan hoy en día en Syriza como representante del "comienzo parlamentario de la revolución". Para nosotros, no hay ninguna manera de eludir la tarea de construir, lenta pero sostenidamente, la perspectiva de una sociedad socialista como única alternativa a la barbarie capitalista. En la época actual, en la que hemos pasado de la caída del Muro de Berlín a la caída de Wall Street, relanzar la perspectiva de la revolución socialista es una de las tareas centrales de los revolucionarios.

Sin duda, el desarrollo de la crisis económica internacional dará lugar a gobiernos de coloración diversa, tal vez incluso algunos que se reclamen del socialismo: ya ha sido el caso de los gobiernos nacionalistas burgueses que surgieron como respuesta a las rebeliones populares de Latinoamérica a comienzos de este siglo. Por eso, separar la paja del trigo se plantea como una tarea de actualidad, en el sentido de combatir todas las ilusiones en un capitalismo con rostro humano, o en el advenimiento del socialismo como el alegre resultado de combinaciones parlamentarias. Se trata de defender una alternativa a este sistema que se base en la autodeterminación de la clase obrera y de todos

los sectores explotados y oprimidos, que tome en sus manos su propio destino, organizando la producción y todas las esferas de la vida social para acabar con todas las formas de opresión.

A medida que la lucha de clases y la situación política se radicalicen, este planteo será cada vez menos propagandístico. El sistema capitalista atraviesa su crisis más importante desde la Gran Depresión, y condena a la miseria a sectores crecientes de la población mundial. Con todas sus limitaciones, el ciclo actual implica un cuestionamiento cada vez mayor del sistema político y económico vigente. La falta de una alternativa clara es una de las grandes limitaciones del período actual: en Argentina, el "Que se vayan todos" no logró avanzar hacia la formulación positiva de un modelo alternativo, brecha por la cual se coló la respuesta burguesa a la crisis. En la situación europea y griega actual, la falta de una alternativa socialista puede abrir el camino a gobiernos reformistas de izquierda, que nos llevarán a nuevos fracasos, o, en el peor de los casos a las variantes nacionalistas y xenófobas. Defender una alternativa socialista es la única forma de evitar esta situación.

En la situación griega actual, nos parece que lo correcto es intervenir en Antarsya con estas perspectivas. No conocemos la situación lo suficiente para realizar una caracterización de esta organización, y no es el objetivo de este artículo. Sin embargo, nos parece que se trata de una organización que defiende la independencia de clase, que se ha delimitado de Syriza por izquierda, y que una de sus preocupaciones es la construcción en la clase trabajadora. Según lo que nos consta, participa y apoya las diferentes luchas obreras, y juega un rol de cierta importancia en el movimiento antifascista y de los trabajadores inmigrantes.

De lo que se trata es, en todo caso, de construir una fuerte organización revolucionaria de vanguardia, que se estructure orgánicamente en la clase obrera. La lucha de clases en Grecia y en toda Europa nos prepara nuevos desarrollos, y la profundización de la crisis internacional preanuncia choques más duros entre las clases. Nos encontramos en un período preparatorio en el que, sin plantearse de manera inmediata la alternativa entre revolución y contrarrevolución, sectores importantes de la clase obrera y de la juventud realizan sus primeras experiencias políticas, salen a la calle, hacen huelgas, ocupan fábricas, plazas y universidades, combaten la austeridad y la deriva fascista. Las oportunidades que se abren para los revolucionarios son de alcance histórico: estamos frente al recomienzo de la experiencia de los explotados y oprimidos, luego de décadas de dominación stalinista y de reacción neoliberal. Hay que prepararse para los desafíos que se vienen, y redoblar los esfuerzos para convertirse en fuertes organizaciones revolucionarias, a la altura de la tarea que se nos planteará: relanzar la batalla por el socialismo.

